REPERTORIO AMERICANO

CUADERNOS DE CULTURA HISPANA

Tomo XLVII | San José, Costa Rica | 1952 | Viernes 15 de Agosto | Nº 20

Año XXXII — No. 1140

RUBEN DARIO, poeta civil y social

Colaboración de *Edelberto TORRES*

Al Dr. Miguel F. Molina, cultor de la ciencia y servidor de la humanidad.—E. T.

1

Provocar una sonrisa y hasta una franca carcajada al decir *Rubén Darío, poeta civil* parece natural esperarlo de quienes creen que sólo es el poeta de *Prosas Profanas*, donde hay un suntuoso inventario de cosas versallescas y griegas; imágenes, ritmos, música y color. Los mismos creerán con más convicción que es llegar al ridículo hablar de Rubén Darío como poeta social. ¿Dónde está, dirán, la estrofa de acero candente impresa en la carne capitalista? ¿Dónde está el canto a los derechos del proletariado? ¿En qué forma dió pábulo a la lucha de clases? Y es cierto que en vano buscaremos su profesión de fe por Marx o Bakunín, ni siquiera por Jaurés, ni aun por los ponderados socialistas ingleses. Mucho menos lo encontraremos entusiasta de los *sans culottes* que hinchieron de sangre las barricadas de París en 1870, ni por la semana trágica de Barcelona. Cierto que no, y cierto que, al contrario, certificaremos su horror a las gestas cruentas, su repugnancia por la democracia "oliente a ajo", y su mística admiración por la poma real, por el fausto deslubrante de las cortes a lo Persépolis, Bagdad y Versalles. Quien quiera probar esto no tiene más que invocar las palabras liminares de *Prosas Profanas*. Más, todavía, los negadores de toda condición cívica y social en la vida y en la obra de Rubén Darío, traerán a cuenta sus relaciones con tres gobernante que pusieron la ley por estrado a sus pies: J. Santos Zelaya, de Nicaragua; Rafael Núñez, de Colombia; y Manuel Estrada Cabrera, de Guatemala.

Pero si aquí, como ya se habrá supuesto, nos proponemos destacar en la vasta obra del poeta no sólo sus tangencias con el movimiento social, sino su identificación con el anhelo universal de justicia de las multitudes explotadas, es preciso dilucidar los problemas que surgen de las afirmaciones anteriores. Un poeta, dirán los otros, que se halla bien con el trato de las aristocracias de salón, que no rehusa el ademán litúrgico, haciendo oscilar el incensario del elogio frente a los poderosos, y que más de una vez pone adjetivos como ascuas en las palabras sacramentales de democracia, república y revolución. ¿Cómo puede ingresar a la jerarquía de poeta social? Pues bien, reconozcamos llanamente y con oportuna anticipación, que Rubén Darío no es un camarada de Lenín, ni un correligionario de Pablo Iglesias; no es poeta de ninguna comuna, ni guardia de asalto lírico contra el orden burgués. Es ante todo, en esencia, en potencia, en palabra y en obra, un poeta. Sepámoslo por él mismo:

"Yo creo que no es otro el objeto, la atmósfera, el alimento, la vida de la poesía que el culto de la eterna y divina belleza;



Por *Ochoa*

que los filósofos se ocupen del misterio de la vida y de todas las profundidades de lo incognoscible; que los señores políticos se entiendan con la suerte de los pueblos y arreglen esas complicadísimas máquinas que llaman gobiernos; que los señores militares degüellen, defiendan o conquisten. Perfectamente. Tú, luminoso, rubio dios, has enseñado a tus elegidos estos asuntos en verdad interesantes: que las rosas son lindas, que los diamantes, el oro, el mármol, y la seda son preciosos; y que nada hay igual en este mundo a la ventana en donde la mujer amada, Sol, Amalia, Estela, Florinda, meditabunda y tierna, contempla en una hora tranquila un vuelo de palomas bajo el cielo azul. En conclusión, el poeta no debe sino tener, como único objeto, la ascensión a su inmortal sublime paraíso: el Arte".

Pero ese poeta es un genio y un hombre. Por la primera condición, Darío intuye el advenimiento triunfal del derecho de los oprimidos y saluda su liberación con hurras broncíneos, presiente la proximidad de la hora cero de la era capitalista y eleva su verbo premonitorio como heraldo del mundo social nuevo.

Entregado al arte con todas sus potencias creadoras, "como un monje artífice", el hombre pasó por la vida llevado de la mano por la belleza. "En verdad, dice, vivo de poesía. Mi ilusión tiene una magnificencia salomónica. Amo la hermosura, el poder, la gracia, el dinero, el lujo, los besos y la música. No soy más que un hombre de arte. No sirvo para otra cosa". Pero el hombre fué lo suficientemente humano para traducir en pensamiento el roce inevitable con el suceso del momento y para que su exquisita sensibilidad —hiperestesia decía él— rebotara con indignación o ira por el proceder de los grandes de la tierra con los que por milenios padecen sed de justicia.

Rubén Darío amó la justicia con toda la intensidad de su capacidad afectiva. Pero no la amó como a algo exclusivo, sino como a uno de los muchos nobles objetos de su amor, y el amor es uno de sus rasgos más íntims, más puros y más suyos. Los documentos de quien si hubo alma sincera fué la suya, sobre la universalidad de su amor, son abundantes. En la vasta circunferencia de ese amor la belleza ocupa el centro, pero lindante con ella está la justicia, cuyo ultraje le estremece con indignación.

Este sector de la personalidad de Rubén Darío, nos anticipa la comprensión de su inquietud social y cívica. Quien profesa un amor integral a la creación con todo el contenido de ésta en vida, seres, cultura y valores, no puede quedar impasible ante los intereses inmediatos que forman la trama del diario vivir. Sea que estemos dentro del marco del hombre económico, fabricante, social o pensante, el incidente infaltable del día en el mundo social y político, provoca la chispa mental o la vibración sensitiva. Rubén lo dice: "No mueren las ideas por el hecho común o que comente el suceso de ayer; nacen las ideas por eso mismo".

Sentada la premisa cierta del ser moral de Rubén Darío como hombre vinculado a su tiempo, por más que sus soñaciones de artista le dieran nacionalización griega, romana y de más allá, del oriente fascinador, —entrañado por su condición espiritual al dolor del de abajo, es preciso explicar su conducta con los dictadores Núñez, Zelaya y Estrada Cabrera. Una virtud de Rubén esclarece, explica y hasta justifica los ditirambos con que cubrió de flores aquellos nombres execrables. Darío poseía el don de gratitud, y a aquellos hombres devolvió las mercedes materiales recibidas con lo que tenía en sus arcas de poeta: versos.

Rafael Núñez, el buitre lírico, como lo llamó el tempestuoso Vargas Vila, hizo a Rubén Cónsul de Colombia en Buenos Aires; los sueldos anticipados que recibiera le permitieron llegar a la capital sureña "vía París" y realizar así uno de los sueños de su juventud: conocer a la Francia que ya llevaba incrustada en el corazón.

Una semblanza y la maravillosa elegía que figura en *Cantos de Vida y Esperanza*, son la constancia de su gratitud, para quien, además del mérito del servicio, tenía a sus ojos el de ser también un alto poeta.

Las disposiciones de J. Santos Zelaya relativas a Rubén Darío, no alcanzan la jerarquía de favores. El consulado de Nicaragua en París, la representación diplomática en España y la secretaría de la delegación nicaragüense a la Conferencia Panamericana de Río Janeiro en 1906, todo hecho sin comprensión, por gestiones amigas y dejando al poeta en las condiciones que fueran más hirientes, no merecen gratitud de quien sacó al país de la anonimia internacional con la magia de su nombre. Pero el poeta bueno y candoroso, se siente honrado cuando al extendérsele esos nombramientos era su Gobierno quien se honraba a sí mismo. Zelaya en este caso es el rey burgués de *Azul* y Rubén el poeta que da vueltas al manubrio de la caja de música.

Estrada Cabrera, el tirano ilustrado y sagaz, cogió al poeta en sus redadas cuando señalado ya por la implacable "celosa", a la hora crepuscular de su vida, llegó enfermo a Nueva York. La intercesión del viejo poeta don Joaquín Méndez y de Máximo Soto Hall hizo llegar al poeta a Guatemala, donde Estrada Cabrera gastó larguezas mecénicas con él. La reacción fué la exultación de Palas Athenea con la asqueante incrustación del nombre del tirano en el poema, y un soneto a doña Joaquina de Estrada, madre del sombrío Calígula de "La Palma".

El sentimiento de gratitud tan entrañado en el corazón de Rubén Darío, es la causa única de las zalemas líricas que hizo ante el solio de esos dictadores. Viene a la memoria también el nombre del general Bartolomé Mitre, pero nada en este caso es repugnante en las estrofas que le dedicó en su muerte, por ser aquel varón doblemente prócer en las gestas del civismo y de las letras.

*

Empezamos por el reverso y ya es hora de mostrar el anverso de la página cívica de Rubén Darío.

En ella encontramos un círculo que se ensancha desde el patriotismo local hasta el amor universal. Rubén creció hasta su adolescencia en Nicaragua donde las pasiones, sean de odio o amor, política o religión, son como hornallas volcánicas. El poeta niño recibió el bautismo del liberalismo ideológico de Máximo Jerez, y se nutre de savia montalvina, así el Montalvo de *Los Siete Tratados*, como el del Mercurial eclesiástico y el del ariete de las Catilinarias. A través de sus versos de entonces se descubre al lector de la filosofía positiva y de la historia de la revolución francesa, material de cultura preferida por los estudiosos leoneses del 80.

Recojamos algunos títulos del pequeño patriota nicaragüense: *Soneta cívico*, *Canción patriótica*, *A los liberales*, e *Himno de Guerra*. De este modo canta en sonoras décimas a Máximo Jerez, a quien apostrofa así:

Jerez, deja que te vea!
Pensador agigantado;
semidiós transfigurado
en el Tabor de tu idea!
Tu nombre patrio amor crea;
porque tu nombre, Jerez,
infunde con altivez
en nuestra humilde pobreza,
fuegos del alma francesa,
rayos del noventa y tres.

Y siente ardores de girondino por la unión centroamericana. Entonces ya no es el liberal leonés obligadamente enemigo de Granada. Por el vínculo con el alma jereciana se ha remontado al ideal morazánico y escribe una larga oda a la unión centroamericana, que dedica a Justo Rufino Barrios. En el apólogo *El Organillo*, el vate adolescente prevé que la locura de Jerez será la locura de mañana:

Separtistas: ufana
la risa podéis soltar...
mas sabed: aquel cantar
será el verbo de mañana.

Ese cantar es el de unión que han entonado los grandes de Centroamérica, hombres de pluma, de tribuna y de armas.

*

La hora de servicoís cívicos de Rubén Darío a la causa de la unión nacional debe ser registrada para incorporar con justicia su nombre al de los trabajadores de la gran aspiración. En 1889, siendo ya el joven maestro de las nuevas generaciones literarias de América que tienen a *Azul* como su breviario de estética, Rubén está en El Salvador, Gobierna allí un varón preclaro, el general Francisco Menéndez, unionista de la estructura de Cabañas y Jerez. Es característica de los gobernantes unionistas, los puros naturalmente, trabajar por la unión aun con todas las probabilidades de perder el poder en el empeño sublime. El general Menéndez se entregó a la obra de la reconstrucción patria, y Rubén fué el verbo de la campaña nacionalista. No han sido reproducidos los artículos del diario *La Unión;* pero es bien conocido un canto, digno por supuesto, de que resuene en la conciencia de los pueblos:

Unión para que cesen las tempestades,
para que venga el tiempo de las verdades;
para que en paz coloquen los vencedores
sus espadas brillantes sobre las flores;
para que todos seamos francos amigos,
y florezcan sus oros los rubios trigos;
que entonces, de los altos espíritus en pos,
será como arco iris la voluntad de Dios.

La traición de los Ezetas malogró la noble empresa de Menéndez. Rubén salió inmediatamente para Guatemala y escribió *La Historia Negra*. Como en una página de Tácito, está allí el crimen narrado, el nombre de Menéndez bañado en luz y de Carlos Ezeta chorreando oprobio.

Omitimos intencionalmente las prosas y versos en que la nota cívica sólo es incidental, y para terminar con las consagrados a motivos centroamericanos, mencionaremos la prosa hímnica de la crónica de la inauguración del monumento a Juan Santamaría, el muchacho heroico que pasó a la historia abrasado por las llamas de gloria con que desalojó a los filibusteros del mesón de Rivas.

Trascendamos los límites del patriotismo regional, porque fuera de ellos encontraremos magnificado al poeta civil. Allí oremos cantar a las patrias y a la patria continental. Son los ritmos que fué dejando a su paso de rapsoda por las tierras que el Ande unifica; pero son también los acentos más íntimos de su vocación americana. Vienen a la memoria el *Apóstrofe a México*, "patria de héroes y de vates", un escultórico soneto a Colombia, el país que tiene "un Olimpo divino, sus canciones" y en donde se oye:

Boyacá y sus tambores inmortales
y el santuario y sus épicos clarines.

Otro soneto a Montevideo, a la que dice:

Tus bravos héroes la historia acata,
fervientes lirios dieron loores
a los centauros y a los pastores,
cuyas proezas recuerda el Plata.

A Bolivia dice ternezas de quien siente algo como una nostalgia ancestral de aimará, y a la República Dominicana ofrece versos que forman espirales acariciadoras.

A ningún país de América dejó de consagrar Rubén Darío algo en su omniabarcante amor; así al *Brasil maravilloso* o a Cuba, cuna, altar, palestra y cátedra de Martí. Mención subrayada hay que hacer del *Canto épico a las glorias de Chile*, en que el joven épico por propia tendencia y por la norma del sublime maestro griego, destaca la grandeza de sus héroes sin mengua de los adversarios. No está empequeñecido Grau porque Prat resplandezca grandioso en su épica gloria.

Y Prat!... He aquí la cumbre
he aquí la sacra lumbre
inmortal, la epopeya en el abismo,
el valor soberano.
Leyenda de heroísmo
sobre el hondo océano.
Prat, resplandece, impera.
Implacable y soberbio, tuvo el soplo
sagrado. A él entonces
los trémulos bordones de la lira,
y el himno que el escoplo
arranca de los mármoles y bronce.

Protector y amigo de Rubén fué el general Bartolomé Mitre, el varón continental que tuvo las palmas del vencedor, la corona del poeta y la gloria del estadista. Mitre, por recomendación de otro grande del pensamiento, don Victorino Lastarria, incorporó a Rubén a la redacción de *La Nación*, el periódico que desde 1893 hasta 1915 fué su taller de trabajo. Siempre movido por la gratitud como por el aliento de la musa, Darío envolvió el cadáver de Mitre en el impalpable sudario de dos cantos, la *Oda a Mitre* e *In Memoriam*, que al gran muerto dan grato calor en la inmortalidad.

Descansa en paz!... mas no, no descanses. Prosiga
tu alma su obra de luz desde la eternidad,
y guíe a nuestros pueblos tu inspiración amiga
de lo bello y lo justo, del Bien y la Verdad!
Tu presencia abolida, que crezca tu memoria;
alce tu monumento tu augusta majestad;
y que tu obra, tu nombre, tu prestigio, tu gloria,
sean como la América, para la Humanidad!

II

La América toda de habla española ha oído los claros clarines de *La Marcha Triunfal* y visto, proyectados por su canto sonoro y su cálido coro, los vencedores pasando bajo los arcos triunfales; a las bellas mujeres ofrendando sus sonrisas a los bravos vencedores; a los niños aprendiendo de los ancianos la admiración del heroísmo y las armas de las panoplias agitarse como en las manos de los antiguos héroes. Sin embargo la *Marcha Triunfal*, "el mayor esfuerzo por convertir la palabra en música", según dijo el máximo crítico español, no gozará el favor de llegar a ser una lectura escolar en pueblos que alientan aspiraciones de paz como son los de América.

En cambio, como una protesta, siempre presta a ser lanzada si la insania imperialista apareciere de nuevo en este hemisferio, la *Oda a Roosevelt*, debe conservarse en el seguro arcón de la conciencia cívica. Esta oda es el grito más estentóreo de indignación lanzado por el pecho de los pueblos indocriollos ante el peligro ya probado por dentelladas que todavía sangran. Para la desesperanza del poeta, Dios es el último y sublime baluarte:

Y pues contáis con todo, falta una cosa:
[Dios.

Grito de la protesta es la *Oda a Roosevelt* del *big stick*, pero no de odio. Rubén Darío era incapaz de este sentimiento. Además comprendía la positiva grandeza de los Estados Unidos, la grandeza en las obras de cultura, incluso en las estéticas que más negadas les han sido. Más aún sabía la necesidad de la concordia continental y el bien que el enorme vecino podría hacernos si su política se canalizara hacia los pueblos en busca de fraterna comprensión, y no hacia los salteadores de solios presidenciales. Oigamos la expresión de sus sentimientos en ritmos que están vibrando en las regiones más altas del espíritu:

Aguila, existe el Cóndor. Es tu hermano en las grandes alturas
Los Andes lo conocen y saben que cual tú, mira al Sol,
May this grand Union have no end! *dice el poeta.*
Puedan ambos juntarse en plenitud, concordia y esfuerzo.

Insistiendo como quien hace un apostolado de la fraternidad de América que reza a Jesucristo en español con la que ora en inglés, canta así:

Oh, pueblos nuestros! Oh pueblos nuestros! juntáos
en la esperanza y en el trabajo y en la paz.
No busquéis las tinieblas, no persigáis el caos,
y no reguéis con sangre nuestra tierra feraz.

Ya lucharon bastante los antiguos abuelos
por Patria y Libertad, y un glorioso clarín
clama a través del tiempo, debajo de los cielos.
Washington y Bolívar, Hidalgo y San Martín.

Ved el ejemplo amargo de la Europa deshecha,
ved las trincheras fúnebres, las tierras sanguinosas;
y la Piedad y el Duelo sollozando los dos.

No dejéis al odio que dispare su flecha,
llevad a los altares de la paz, miel y rosas
Paz en la inmensa América. Paz en nombre de Dios,
Y pues aquí está el foco de una cultura nueva,
que sus principios lleve desde el Norte hasta el Sur,
hagamos la Unión viva que el nuevo triunfo lleva
The Star Spangled banner *con el blanco y azur...*

El 25 de mayo de 1910 la República Argentina celebró el primer centenario de su Independencia. Los poetas de toda estatura de la próspera nación pusieron tenso el arco de su inspiración para rendirle el homenaje de su amor. Rubén Darío, ciudadano de América y poeta suyo representativo, concurrió con la ofrenda maravillosa de su sinfónico *Canto a la Argentina*. El rebelde endecasílabo, que llena la mayor extensión del poema, domeñado como Bucéfalo, lleva en el dorso la opulencia de los tesoros de pedrerías de imágenes y los diamantes líricos que recogió el poeta en El Dorado de su exuberante imaginación. Suenan en el canto todos los instrumentos de una orquesta wagneriana, las trompas y clarines de una banda de guerra y los rabeles y zampoñas de músicas virgilianas. El nombra armonioso del país, sirve de tónica a la invocación:

Argentina, Argentina,
Argentina! El sonoro
viento arrebata la gran voz de oro.
Ase la fuerte diestra la bocina
y el pulmón fuerte, bajo los cristales
de azul, que han vibrado.
lanza el grito: Oíd mortales,
oíd el grito sagrado.

Oíd el grito que va por la floresta
de mástiles que cubre el ancho estuario,
e invade el mar; sobre la enorme fiesta
de las fábricas trémulas de vida;
sobre las torres de la urbe henchida;
sobre el extraordinario
tumulto de metales y de lumbres
activos; sobre el cósmico portento
de obra y de pensamiento
que arden en las políglotas muchedumbres;
sobre el construir, sobre el bregar, sobre el
sobre la blanca sierra, [soñar,
sobre la extensa tierra,
sobre la vasta mar.

Y luego las estrofas de música descriptiva de la grandeza acromegálica de la tierra ungida por la Cruz del Sur con su eterno beso de luz para ser hogar de los que buscan pan honrado y trabajo digno. Después, poseído por su *deus* en el trípode délfico, el vate avisora el porvenir en que habrá:

la confraternidad de destinos,
la confraternidad de oraciones,
la confraternidad de canciones,
bajo los colores argentinos.

En el *Canto a la Argentina*, la inspiración ha llegado a las alturas en que el vértigo sobreviene; sin embargo aún queda en lo alto espacio para la ascensión del Pegaso. El civilismo continental de Rubén Darío se sublima aún más y se hunde en el piélago de los ideales de la raza. Bañado en sus luces fébicas y atento el oído a la Sibila que le dicta, surge el canto de la raza, advertencia, admonición y evangelio para los pueblos colombinos. Es la *Salutación del Optimista*, el homenaje más grande que la América joven ha hecho a la España eterna, según el juicio definitivo de Menéndez Pelayo. El ritmo ondula por el hexámetro de bronce; la sangre de los ideales propugnados circula en el egregio metro, recordando a las "ínclitas razas ubérrimas" sus glorias pretéritas y augurándoles su futuro resurgimiento. Contra el pesimismo clama con estas voces que golpean la conciencia de los derrotistas:

Pálidas indolencias, desconfianzas fatales que a tumba
o a perpetuo presidio condenásteis el noble entusiasmo,
ya veréis al salir del sol en un triunfo de liras,
mientras dos continentes, abonados de huesos gloriosos,
del Hércules antiguo la gran sombra soberbia evocando,
digan al orbe: la alta virtud resucita
que a la hispana progenie hizo dueña de siglos.
Abominad la boca que predice desgracias eternas,
abominad los ojos que ven sólo zodíacos funestos,
abominad las manos que apedrean las ruinas ilustres
o que la tea empuñan o la daga suicida.

Uníos o la anarquía os devorará, dejó advertido el excelso Libertador. Darío repite el mismo voto:

Unanse, brillen, secúndense tantos vigores
dispersos,
formen todos un solo haz de energía
ecuménica.

Y firme en su fe en los destinos de la raza asegura que:

Latina estirpe verá la gran alba futura,
en un trueno de música gloriosa, millones de labios
saludarán la espléndida luz que vendrá del oriente,
oriente augusto en donde todo lo cambia y renueva
la eternidad de Dios, la actividad infinita,
y así sea esperanza la visión permanente en nosotros
ínclitas razas ubérrimas, sangre de Hispania fecunda.

Con la *Salutación del Optimista*, hemos llegado al ápice de la faraónica pirámide de la poesía castellana. Desde allí sólo hay vías de descenso hacia laderas, altas sin embargo, donde los grandes poetas del idioma hincan los hitos de sus poemas.

Como poeta social Rubén Darío, ya queda dicho, no es escritor ni cantor sistemático de las reivindicaciones proletarias. Cuando dijo "yo no soy poeta para multitudes", no aludió únicamente a la aristocracia de su arte, que consideraba estar sobre la comprensión de aquéllas. Era su horror a las luchas exterminadoras, su repugnancia a lo que no tiene atingencia con la belleza. Por eso confiesa que "más que la moral es la estética lo que me impulsa a combatir la rabia anárquica".

Pero en el fondo de su corazón amaba a los explotados y sentía la legitimidad de la justicia social. Su poderosa capacidad de comprensión y acaso más su fuerza de intuición, le daban la visión nítida del vasto problema que aspiran a resolver los sistemas sociales teóricos y los partidos de izquireda.

Ya en la infancia, por sus lecturas que no por experiencia, Rubén conoce la descomposición social. Escuchemos este balbuceo:

Sociedad sin pudor que se derroca,
adornando el placer y la mentira,
con testa de oro y corazón de roca.

Los años van depositando experiencia en su espíritu. En Chile, a los veinte años de edad, conoce un ambiente social más complejo que el centroamericano y un medio político en que la estructura democrática se afirma. En Valparaíso observa de cerca la vida proletaria. En *Azul*, libro de pedrerías líricas, aflora, sin embargo, la preocupación social, en forma maravillosamente irónica en *La Canción del Oro*, y amargamente realista en *El Fardo*, perfecto para una antología del cuento proletario.

El poeta social va creciendo, va ascendiendo hacia las alturas en que la visión es más clara y la atmósfera más propia del vate; allí ve el triunfo defintivo de los oprimidos y lo canta en el *Salmo de la Pluma*.

Temblad, temblad, tiranos, en vuestras reales sillas,
Ni piedra sobre piedra de todas las Bastillas mañana quedará.

Tu hoguera en todas partes, ¡Oh Democracia! inflamas,
tus anchos pabellones son nuestras oriflamas,
y al viento flotan ya.
No encorvaráse el siervo, no gemirá el esclavo;
no dictará sus leyes el dueño altivo y bravo,
no habrá látigo el Rey.

Verá campos abiertos la multitud obrera,
y, quebrantando el yugo la nuca prisionera,
será Búfalo el Buey.

Oh! pueblo... de esa lucha serás el gran testigo.
Llena tu troje en tanto con el dorado trigo,
y aguarda el día en que
suene al aire libre son de bocina y cuerno,
y traiga entre sus filas el escuadrón moderno
la insignia de la fe.

Después, serás coloso de larga cabellera;
verás, sonriente, el ojo de la feroz pantera
y el del tigre real.

Y cuando desjarretes al león de crin dorada,
verás que tu Dios te ha puesto dentro de su quijada
dulzura de panal.

Sí; tus hinchados músculos tendrán vigor terrible;
serás el soberano, serás el invencible
y fuerte paladín,
mas sin coraza y yelmo y sin rencor ni enojos,
sin destructivas armas y sin escudos rojos
de sangriento carmín.

Sobre el problema social Rubén vaticina, apostrofa, pinta con colores precisos y despide flamas de indignación. Copiemos esta página que corrobora cómo sintonizaba el poeta con los que desean la demolición del viejo orden social:

¿POR QUE?

"Oh, Señor, el mundo anda muy mal. La sociedad se desquicia. El siglo que viene verá la mayor de las revoluciones que han ensangrentado la tierra. ¿El pez grande se come al chico? Sea; pero pronto tendremos el desquite. El pauperismo reina y el trabajador lleva sobre sus hombros la montaña de una maldición. Nada vale ya sino el oro miserable. La gente desheredada es el rebaño para el eterno matadero.

No ve usted tanto richacón con la camisa como si fuese de porcelana, y tanta señorita estirada envuelta en seda y encaje? Entretanto, las hijas de los pobres, desde los catorce años, tienen que ser prostitutas. Son del primero que las compra. Los bandidos están posesionados de los bancos y de los almacenes. Los almacenes son el martirio de la honradez; no se pagan sino los salarios que se les antoja a los magnates, y mientras el infeliz logra comer su pan duro, en los palacios y casas ricas los dichosos se atracan de trufas y faisanes. Cada carruaje que pasa por las calles va apretando bajo sus ruedas el corazón del pobre. Esos señoritos que parecen grullas, esos rentistas cacoquimios y esos cosecheros ventrudos, son los ruines martirizadores. Yo quisiera una tempestad de sangre; yo quisiera que sonara ya la hora de la rehabilitación, de la justicia social. ¿No se llama democracia a esa quisicosa que cantan los poetas y alaban los oradores? Pues maldita sea esa democracia. Eso no es democracia, sino baldón y ruina. El infeliz sufre la lluvia de plagas; el rico goza. La prensa, venal y corrompida, no canta sino el invariable salmo del oro. Los escritores son los violines que tocan para los grandes potentados. Al pueblo no se le hace caso. Y el pueblo está enfangado y pudriéndose por culpa de los de arriba: en el hombre, el crimen y el alcoholismo; en la mujer, la prostitución, así la madre, así la hija, así la manta que las cobija. Conque, calcule usted. El centavo que se logra ¿para qué debe ser sino para el aguardiente? Los patronos son ásperos con los que les sirven. Los patronos, en la ciudad y en el campo, son los tiranos. Aquí le aprietan a uno el cuello; en el campo insultan al jornalero, le escatiman el jornal, le dan de comer lodo, y por remate les violan a sus hijas. Todo anda de esa manera. Yo no sé cómo no ha reventado ya la mina que amenaza al mundo, porque ya debía haber reventado. En todas partes arde la misma fiebre. El espíritu de las clases bajas se encarnará en un implacable y futuro vengador. La onda de abajo derrocará la masa de arriba; la Comune, la Internacional, el nihilismo, eso es poco; falta la enorme y vencedora coalición. Todas las tiranías se vendrán al suelo: la tiranía política, la tiranía económica, la tiranía religiosa. Porque el cura es también aliado de los verdugos del pueblo. El canta su *tedeum* y reza su *paternoster*, más por el millonario que por el desgraciado. Pero los anuncios del cataclismo están ya a la vista de la humanidad y la humanidad no los ve; lo que verá bien será el espanto y el horror del día de la ira. No habrá fuerza que pueda contener el torrente de la fatal venganza. Habrá que cantar una nueva marsellesa, que como los clarines de Jericó, destruya la morada de los infames. El incendio alumbrará las ruinas. El cuchillo popular cortará cuellos y vientres odiados; las mujeres del populacho arrancarán a puños los cabellos rubios de las vírgenes orgullosas; la pata del hombre descalzo manchará la alfombra del opulento; se romperán las estatuas de los bandidos que oprimieron a los humildes y el cielo verá con temerosa alegría, entre el es-

truendo de la catástrofe redentora, el castigo de los altivos malhechores, la venganza suprema y terrible de la miseria borracha".

Fueron muchos los instantes en que Rubén oyó la voz del *deus* anunciador de la revolución social, y usó su lira como instrumento para repetirla. Por eso es voz de profeta la suya, cuando dice:

Siéntense sordos ímpetus de las entrañas del mundo;
la inminencia de algo fatal hoy conmueve la tierra,
fuertes colosos caen, se desbandan bicéfalas águilas,
y algo se anuncia como vasto social cataclismo
sobre la faz del orbe.

La luz que llega del "oriente augusto" hirió su pupila clarividente y descorrió el velo tras el cual se desarrollan las escenas reivindicatorias del proletariado. Nada supo de Lenín, no leyó ninguna página de *El Capital* y acaso sí supo de los ensueños de reforma social de Campanela, Tomás Moro y Saint Simon; pero sus haces nerviosos, eran antenas sintonizadas con lo infinito, y por ellas fluía el presentimiento con fuerza de certeza, de los sucesos por venir. Sus rojas visiones se convierten en estrofas en *Suprema Lex* y *Canto de Esperanza* y él que es "soñador imperial, meditabundo, sufre con las angustias del corazón del mundo" y halla consuelo en la dulce deidad que quedó en la caja de Pandora.

Se ve por todo esto que el poeta de *Prosas Profanas* tenía también sensibilidad ante el dolor de los que agotan su energía para que otros gocen; se ve que el cantor de las princesas tristes, de las Eulalias coquetas, de las bellas divinidades paganas y de tantos motivos que están fuera de los intereses inmediatos del mundo contemporáneo, sintió la inquietud punzadora de la justicia social, El, poeta puro, la expresó en poeta; la dijo en verso y en prosa fulgurantes y armoniosos como quien toda idea la pasaba por la fantasía para bañarla en luz y por la garganta para darle melodía.

Edelberto TORRES

Guatemala, C. A., 1952.

Se trata de PARAMHANSA YOGANANDA

México, D. F., 23 de marzo de 1952.

Señor don
Joaquín García Monge,
Director de Repertorio Americano
San José, Costa Rica, C. A.

Querido Maestro y amigo:

Venía yo de sosegar, en silencio, aquel dolor que usted sabe, cuando me llegó la noticia del desprendimiento final de mi incomparable y divino instructor *Paramhansa Yogananda,* ocurrida en Los Angeles, Cal., en ocasión en que recibía y hacía la presentación del Embajador de la India ante los Estados Unidos, señor Binay R. Sen, en los salones del Hotel Biltmore. La tierra de los Estados Unidos, que él consagró con la planta de sus pies, recibió la gloria de su tributo después de 33 años de una labor que sobrepasa el poder de las energías humanas. En ella dejó mi amado Guru (Maestro) 250.000 discípulos y asociados y un centro consagrado también al desarrollo técnico y espiritual del cuerpo, la mente y el alma.

Como el propósito de esta carta es que usted y las gentes superiores compartan conmigo no sólo el dolor sino el conocimiento de lo que este hombre hizo (llamémosle así), me permito enviarle la primera y más genuina información sobre su hercúleo trabajo, que sería legendario por sus dimensiones si no estuviese tan próximo a nosotros. La historia de instructores que en la India han manejado hasta 700 conventos en las diversas escuelas del ascetismo, la Yoga y otros métodos tan racionales y exigentes como el racional —de que nos ufanamos muy a menudo en Occidente por la huella aristotélica inconfundible de nuestro intelectualismo historicista— no tiene, sin embargo, algo comparable a esta labor titánica, que comenzó a arraigar en el generoso suelo de América desde las dimensiones de la semilla de mostaza. Hoy, la obra de Yogananda es árbol frondoso; abundan los centros del *Self Realization Fellowship* en donde niños y jóvenes de ambos sexos estudian prácticamente los diversos grados de la Yoga, y en donde se dan conferencias y rinden ceremonias encaminadas a saturar la inteligencia y la voluntad en el sagrado sendero de la iniciación. Encinitas, Pasadena, San Diego, Los Angeles, Gardena, Seattle, Phoenix y veinte ciudades más de los Estados Unidos tienen sus centros; y como su tarea aspiró siempre a crear ese hombre universal que sólo literariamente hemos conocido, también en la India —Ranchi, Laksmanpur, Calcuta, Baranagar y otras ciudades tienen sus centros de enseñanza, que abarcan desde la instrucción intelectual del discípulo hasta las prácticas de decisivo perfeccionamiento en los sistemas de Patanjali, Mahasaya y su Maestro Sri Yukteswar.

Lo mismo sucede en Europa; en Grenoble, Francia, en Munich, Pfalz, Alemania, en Praga, Checoeslovaquia, sus instructores ya entrenados preparan a grupos de estudiantes que en poco tiempo leudarán la masa de una nueva Humanidad; en Africa tiene el Self Realization Fellowship escuelas del mismo tipo; tanto en Acra, en la Costa de Oro, como en Ofaakor, Calabar y Koforídua. Londres tiene sus centros y en sus provincias abundan. No faltan tampoco en Holanda, como en Bloemendal, Heiloo y Rotterdam; en Suecia hay dos, en la Guinea holandesa una, en Canadá tres o cuatro centros matrices. Esto quiere decir que la escuela técnica-espiritual de Yogananda abraza ya el planeta, y en todas partes donde los gobiernos pudieran ser calificados de bárbaros se ha permitido y protegido esta luz, como la de una vela contra el viento.

En un reciente artículo que he destinado como rasgo biográfico del Maestro, digo ya, por encargo del *Acharya* del centro correspondiente, lo que sigue:

"Yogananda publicó una serie de obras de técnica yoguística, de metafísica y devoción. La que mejor le perfila ante el mundo es su *Autobiografía de un Yogi,* que tuvo la bondad de enviarnos con dedicatoria personal, de la primera edición inglesa de 1946, en donde expone la amplitud soberana de la Ciencia Espiritual, defiende las conclusiones de la Ciencia Física y atómica de Occidente, justifica la teoría de la Relatividad, de Einstein y el elemento de la Luz, como el *sine qua non* de toda manifestación mental y física, y en donde, finalmente revela a Occidente toda la desnuda y trascendental grandeza de los Supremos instructores indios, desde el Supremo Maestro Babaji hasta el suyo propio, Sri Yukteswar Girigi, quien a su vez fué discípulo de Mahasaya. Otras obras suyas son *Susurros de Eternidad,* formado de plegarias y meditaciones que tienen la grandeza de la poesía de Tagore o de Tulsi Das; la *Ciencia de la Religión,* con prefacio del poeta inglés Duff Ainslee, *Afirmaciones Científicas de Salud, Cantos del Alma* y otros folletos como *La Madre Cósmica,* en que transfiere el poder omnímodo del Dios Padre al del Principio Femenino, para consolación de la familia humana, *Atributos del Exito* y *Cantos Cósmicos.*

Desde que a Victor Cousin, el petimetre de la filosofía, le dió por expulsar "oficialmente" la teoría del éxtasis como medio de llegar al divino conocimiento de la vida, los hombres de Occidente nos hemos formado una subconsciente barrera defensiva contra su práctica, tan asequible como todas las que se emprenden gradual y pacientemente. Los que, negando a Descartes, niegan y suprimen la Duda como elemento de incitación de la inteilgencia, muestran casi siempre un desprecio tan arrogante como su ignorancia respecto a ese estado supremo del sér humano, del cual decía Pablo: "Séanos Dios por testigo, que nosotros *morimos diariamente*". Lo cierto es que maestros como Plotino —el fundador del neoplatonismo, Pitágoras entre los griegos, el maestro de aquél, Filón, y más tarde los grande exégetas de la Iglesia hasta Aquino —cosa extraña, un racionalista aristotélico consumado—, obtuvieron ese "sacro status" que les convirtió en algo más que hombres. Los testimonios epigonales de esta práctica, recibida oralmente al través de los siglos por diversas vías —judías, sánscritas y cristianas— llegan hasta Juan de la Cruz y Teresa de Avila; después de ellos, el intelectualismo moderno —sobre todo a partir del siglo XVIII— se refugia por entero en la exploración de la naturaleza y de la mente: la puerta del Infinito queda cerrada a la voluntad y la inteligencia del hombre y, desde entonces, no tenemos más que profesionistas y políticos, "gentes aptas" y un desenfrenado egoísmo que nos lanza, en el atardecer de esta cultura, a las tácticas del rebaño.

Mi Maestro condenó siempre toda política, y quizás hago yo mal en citar estas cosas; pero de todas maneras, para hacerle insospechable a la agudeza de los innumerables Pulgarcitos que quieren serlo, es bueno adelantar estos conceptos sobre su linaje espiritual.

Discípulos y testigos imparciales y científicos atestiguan su prodigioso poder para dejar el cuerpo físico durante horas o días, con regreso voluntario a él, "a la hora de su reloj". Una anécdota escalofriante puede dar una idea de lo que podía este sabio que al propio tiempo fué un san-

to. Intrigados unos ingenieros por su renombre, fueron a verle para "tentarle", a la manera de los incrédulos y crueles humoristas; y uno de ellos, minero, sacó de su bolsillo un tubo de ensayo que contenía cuarenta o cincuenta gramos líquidos de cianuro de potasio, diciéndole: "Si usted puede beberse esto sin morir, yo seré su discípulo". El Maestro, sonriente, aceptó el reto y tomó la poción. En tanto los curiosos esperaban el síncope inminente y final, Yogananda les habló de Jesús, el Cristo, y de sus Maestro: charló media hora con los intrusos; y luego, pidiendo permiso, se hizo acompañar de uno de ellos al interior de la casa y en presencia suya vomitó a voluntad el cianuro, se enjugó los labios con el pañuelo y regresó a despedir a sus amables huéspedes. La lección había sido tan rotunda como el poder de aquel veneno.

Me propongo enviar a usted, don Joaquín muy querido, una serie de cartas sobre este tema, si es que usted quiere acogerlas a las magnánimas páginas de *Repertorio Americano*. No es justo ni digno que mientras otras culturas se aprovechan del incomparable material de esta ciencia, siempre comentada con la voz amedrentada por el hechizo y la conseja, el mundo de habla española ignore presencias tan altas y sublimes como la de Yogananda. El mismo, con su vasta información y la guía individual y secreta que nos ha dejado, será quien ilustre un relato posiblemente pobre de este amigo suyo. "El andar tras de misterios debilita la mente humana", decía Vivekananda en el pasado siglo. Lo único que hay misterioso para nosotros es nuestra propia ignorancia, y una vez despejada de sus nieblas la montaña sagrada, podremos ver sus senderos. La vida real, efectiva y profunda no puede ser un relato novelesco, ni entretención de palabras; hay que tomar las herramientas y trabajar.

Lo saluda, con el cariño de siempre,

Rafael CARDONA

En la muerte de mi madre

Por *J. M. CHACON Y CALVO*

(*Atención del autor*, en La Habana, Mayo 26 de 1952)

Frente a ella, durante más de seis años, escribía estos humildes artículos. No podía tener después una lectora más generosa, de más fina comprensión. ¿Cómo podré evocarla cuando su partida es tan reciente que el dolor de aquel adiós único es tan vivo y tan hondo como en su primer momento? Y todo esto tan íntimo, tan clavado en mi alma, ¿cómo podrá interesar al lector? ¿No será adecuado recordar el consejo de González Martínez, el gran poeta de México que acaba de morir:

No turbar el silencio de la vida
ésa es la ley... Y sosegadamente
llorar, si hay que llorar, como la fuente
escondida?

Pero yo sé que de nada podría volver a escribir si no cumplo mi sagrada deuda con su pura memoria, que me envuelve, que me llena de su suave luz, que casi desvanece su material ausencia.

Tuve siempre una viva ilusión de que vencería su enfermedad postrera. ¡Tanto había soñado con sus ochenta años que no podía convencerme de que vendría la muerte cuando faltaban muy pocos días para ese nuevo aniversario de su nacimiento! (Había nacido el 20 de mayo de 1872). Ferviente terciaria dominica, se había preparado muchas veces para el trance definitivo. Y yo, que desde que comenzó la gravedad extrema comulgaba casi diariamente, creí oír en lo íntimo de mí, en la procesión del Jueves Santo, claras, inequívocas, estas palabras: "todo será para su bien". Y al verla con una inesperada mejoría, me pareció que se referían a la salud corporal. Creía también que se cumplía una vez más el aserto del Apóstol Santiago acerca de la extremaunción, hecha en su Epístola Católica: "¿Está enfermo alguno entre vosotros? Llame a los presbíteros de la iglesia, y oren por él *ungiéndole* con óleo en nombre del Señor;

Y la oración nacida de la fe *salvará al enfermo* y el Señor le aliviará...' (Cap. V, versículos 14 y 15).

Pero era un bien más alto, un bien imperecedero al que aludían las palabras misteriosas que habían llenado de esperanza a mi corazón. Y en los primeros minutos del pasado día 29, tenuemente se apagó aquella vida que era mi luz y mi alegría resplandeciente en mi camino terrenal.

La rodeaban los seres más amados de su corazón. Ya unas horas antes, el gran médico y el gran amigo, heredero de un nombre insigne en nuestra cultura, al que ha sabido dar nuevos timbres de gloria, con un abrazo silencioso, me anunció que se acercaba el momento postrero de aquella larga dolencia. Y alguien de mi sangre, ya casi médico, que tan tenaz y delicadamente había luchado contra la enfermedad invencible, quedó vigilando la inexorable etapa final del cruento padecer. Un pequeño crucifijo, que el historiador español Don Antonio Ballesteros me trajo para ella desde Jerusalén y que está hecho con madera del huerto de Getsemaní, prendido en la almohada, derramaba su luz en el camino de la eternidad que iba a abrirse muy pronto. Otro, de gran tamaño y de valiente ejecución, que hace más de un siglo está en mi familia, parecía consolarnos a los que sentíamos en lo hondo del espíritu el más triste acabamiento.

Habíamos rezado ya varios rosarios; la vela del alma, la vela del agonizante, junto a Cristo en la Cruz, iluminaba el misterio de la muerte. Fué entonces cuando yo dije de rodillas, junto a mi madre, el última Padrenuestro antes de que llegara la muerte corporal. Con la palabra postrera de la divina oración exhaló el último suspiro. Y me pareció, entonces, que no éramos nosotros los que debíamos de rogar por ella sino pedirle a ella que rogara por nosotros, y nos confortara, y nos llenara para siempre de su pura luz.

Recorro los recuerdos de mi devoción filial y una nota persistente me parece que define aquella vida tan íntimamente unida a mi espíritu. Es la mesura, la discreción, el sentido ponderado y armónico. Estas virtudes tenían muy hondas raíces y eran el testimonio claro, indubitable de un señorío natural, de una espontánea distinción, de una majestad nativa. Por ello parecía tener un buen gusto que me orientaba con saludable severidad.

Alguna vez me hablaba de alguien que era un ejemplo de amistad fiel, y al reconocerlo lamentaba sus fallos de ponderación, esa inarmónica actitud que tiene una expresión definidora: *lo cursi*.

Su memoria riquísima para los hechos lejanos, revivía a mis ojos un pasado que en sus resplandores de creación ya no pude alcanzar. No había perdido, con el peso de los años, su aire majestuoso, y a mí me parecía que una luz purísima la circundaba como un nimbo. Al término de mi cotidiana tarea, nada como su conversación sosegada, apacible, podía acercarme a esa felicidad huidiza que nos es dable encontrar aquí en la tierra.

Yo la veía y recordaba aquellos tiempos lejanos, que me parecía que ella sentía como si ya no fuesen suyos. Por eso no había en ella una sombra de orgullo, ni mucho menos de vanidad, cuando me recitaba el fulgurante epitalamio que le había dedicado el *Conde Kostia*. Quiero recordar un pasaje siquiera: "Cuando la desposada, como una virginal estatua de alabastro, atravesó la penumbrada nave de la iglesia, en medio de un murmullo de admiración, el ángel alocado de la envidia aleteó sobre todas las frentes. Es que la desposada de anoche reúne en su ser todas las perfecciones... Los que persiguen y creen hallar en el viejo arte la belleza inmortal, ignorarán siempre que el arquetipo pasó por una iglesia ante una concurrencia deslumbrante..."

Pero más que la belleza de los días juveniles, más que la distinción nativa, más que el aire de majestad, lo que más parecía iluminar a aquel espíritu y también a los que estaban cerca de él, era la bondad, la suave ternura, una al parecer ilimitada sensibilidad con que sabía acercarse a las cosas y a los seres. Una anécdota que me refirió muchas veces de mi distante niñez me daba la clave de esta bondad profunda que atesoraba su corazón. En mis días nada apacibles de niño, en aquella etapa de la emigración en Nueva York, no le quedó más remedio en una ocasión que infligirme un leve castigo corporal, pero a poco lloraba tan copiosamente que yo tuve que suplicarle con lágrimas que no llorase más, porque entonces ése sí sería mi más duro castigo.

Me refugio en sus recuerdos, ahora que está tan lejos (¡tal vez esté más cerca que nunca!) y junto al mismo gran crucifijo que vió apagarse su vida, digo una vez, y muchas veces más al cabo del día: ¡dame fuerzas, Dios mío! Y me parece que una luz única me purifica y me hace sentir muy cerca a la angélica criatura que tanta felicidad supo darme en la vida.

Chile, NERUDA

Por *Oscar Edmundo PALMA*

(En el *Diario de Centro América*. Guatemala, 8 de mayo de 1952).

Recientemente, con ocasión de asistir como delegado guatemalteco a la Conferencia Continental Americana por la Paz celebrada triunfalmente en Montevideo del 12 al 16 de marzo recién pasado, tuve el gran gusto de estar algunos días en Chile.

En general todos los países sudamericanos, desde Colombia hasta la Argentina, a lo largo y a lo ancho, presentan acontecimientos que impresionan considerablemente al viajero: Batallas cruciales por la libertad, la soberanía y la independencia nacionales. Grandes esfuerzos y sacrificios por establecer la democracia. Las oligarquías feudales, las compañías extranjeras, los círculos enemigos del progreso, etc., unidos magistralmente con tremendas investiduras políticas, tratando por todos los medios de evitar la culminación de esas justas acciones populares. Crisis económicas a causa principalmente de la política general de guerra, que ha acaparado y está acaparando las principales riquezas naturales de aquellos países para fines bélicos, en detrimento de la salud, la alimentación y la cultura de las grandes mayorías, etc.

Pero Chile ofrece en estos momentos uno de los panoramas más interesantes de América Latina. Muchos creen y hacen creer, inocente o tendenciosamente, que Chile es un país marchito: sus hombres arrodillados, llorando y pidiendo clemencia... Es cierto, Chile ha sufrido mucho, tal vez es de los lugares en América más golpeados y sacudidos por el enemigo en esta hora trágica del mundo. Pero, a pesar de las adversidades de los últimos años, el pueblo, su valeroso pueblo, está ahí de pie, indomeñable, maravillosamente de pie con la frente levantada, activo en las grandes tareas por la realización de sus anhelos, de sus aspiraciones, de sus demandas más sentidas. Los malos años no han podido en nada minar, disminuir o vencer el ejemplar espíritu combativo de los chilenos. Al contrario, ello ha servido para acrecentar vertiginosamente sus luchas democráticas. Ante esas situaciones nada fáciles, los chilenos han templado más su estirpe batalladora; se han unificado y organizado mejor, firmemente, disponiéndose todos los sectores sociales en un poderoso frente patriótico en defensa de las libertades públicas y las riquezas nacionales, por la democracia, la paz y el progreso.

En estas gloriosas acciones, a la par del digno sitio que en el corazón de Chile corresponde a grandes intelectuales como Volodia Teitelboim, Angel Cruchaga Santamaría, Ventureli, Gabriela Mistral, Luis Enrique Délano, etc., y a heroicos dirigentes políticos y del proletariado como Elías Lafferte, Galo González, César Godoy, Juan Vargas Puebla, Ocampo, etc., la figura de Pablo Neruda ocupa uno de los lugares más elevados en la vida general del país. El más grande hijo de la patria, el hombre que ha hecho resonar el nombre de Chile con su poesía, traducida a veinte idiomas, por todas las comarcas del mundo, se le quiere profundamente. Es indescriptible el amor del pueblo chileno hacia Pablo Neruda. Su poesía ha alentado, alienta y alentará las luchas democráticas de su pueblo. Hay que ver cómo los jóvenes, las muchachas, los estudiantes, los intelectuales, los trabajadores, levantan como bandera de combate los hermosos cantos de Neruda. La poesía de Neruda anda actualmente amorosa y altiva, en los labios y en el pecho de los hombres, por la extensión ardiente de las huelgas y movilizaciones de los mineros de Chuquicamata, Potrerillos, Lota, etc.; demandando mejores condiciones de vida y la nacionalización del cobre y el carbón; por todos los hogares humildes defendiendo las libertades públicas y unificando a los chilenos en las acciones democráticas; por los campos exigiendo tierra y redención para los mapuches y para los campesinos desposeídos.

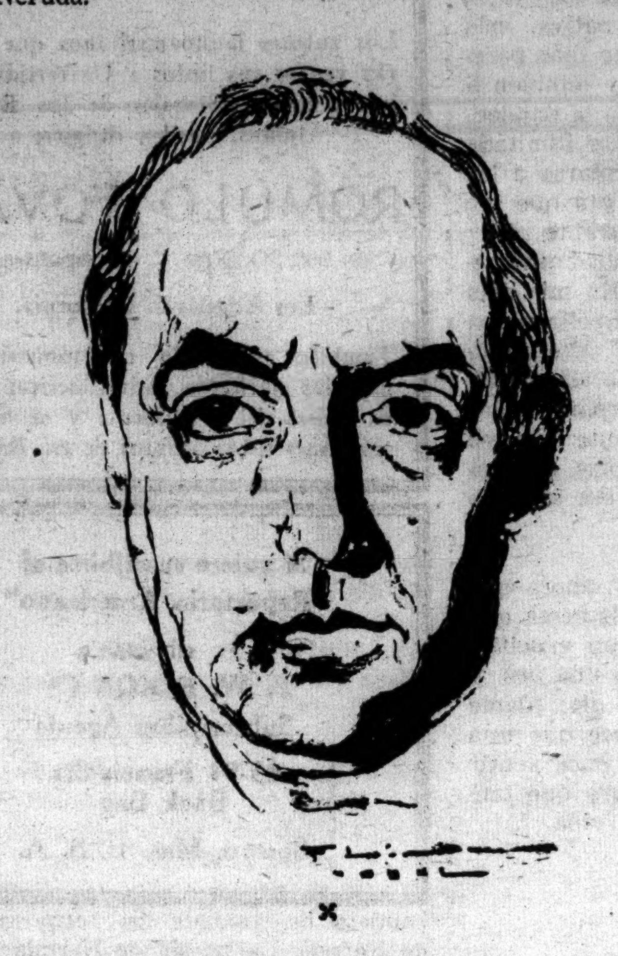
Y este pueblo maravilloso que dice y siente en el alma sus canciones, está reclamando frenéticamente el pronto regreso del poeta. La gestión de los obreros, campesinos e intelectuales es "Que regrese Neruda". En los locales de las escuelas, facultades universitarias, sindicatos, asociaciones, partidos políticos, etc., en las paredes de las casas de Santiago y provincias, como lo que más, se encuentra este letrero claro y penetrante: "Que regrese Neruda". Liberales, católicos, socialistas, conservadores, comunistas y hasta radicales (el partido del actual gobierno) exigen el retorno del poeta. Todos en Chile leen emocionados el último poema de Neruda, *Cuando de Chile*, en el que el artista con humana ternura le canta a su patria desde el exilio, nos dice de su amor desgarrado y puro, de su nostalgia lancinante de hombre que ama su tierra más que a nada en la vida.

"¿Cuándo, cuándo podré regresar a Chile?", se pregunta Neruda. Y su pueblo le contesta: "Pablo, hermano mayor en las letras y en la vida, de Chile está surgiendo un hervor incontenible, una bandera, una bandera candente, con el grito exigiendo tu regreso; pues si a ti tu tierra y tu pueblo te hacen falta es más aún lo que tu pueblo y tu patria te quieren, te echan de menos y te necesitan".

Arco iris del regreso

(En *Rep. Amer.*)

Pablo Neruda.



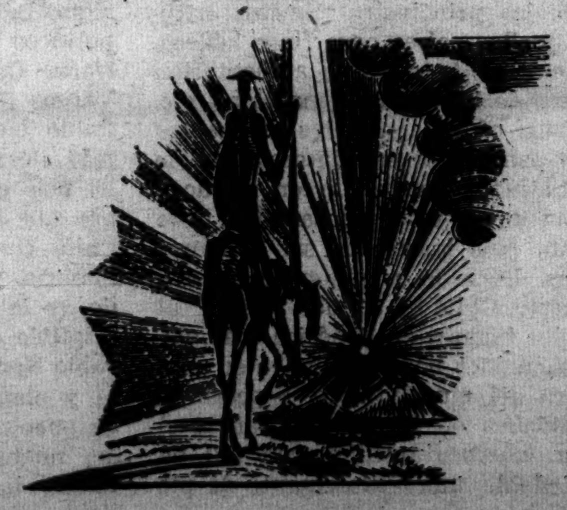
A dónde va el errante corazón entre lámparas
llevando sobre el hombro a su tierra y sus ríos?
Ha atravesado tantas ciudades extranjeras
que ya siente un cansancio que le nubla los pulsos.
Toda ventana se abre en girasol cuando el poeta se aproxima
y lo saluda el puerto donde conversan los navíos
en el lenguaje de la Rosa que amarra los meridianos.
Conocemos tu umbral del sur, dicen las torres
por donde el exilado pasea su atribulada estrella.
Sabemos en qué dirección del mar está la selva de tu madre,
allá donde la lluvia repite tus estrofas de colmenar.
El calla, pero la frente de súbito se le circunda de espuma
y su alma es un arrecife que amanece entre lágrimas.
Se suavizan las puertas de los suburbios pobres
en pueblos que parecen el tatuaje del mundo.
Hay piedras que levantan su perfil como la noche
primitiva, antes que la lumbre y el piélago se dividieran.
Ahí va el poeta, dice el niño que eleva
sobre su mano el augurio húmedo de una golondrina.
Allí va el poeta, exclama el mendigo desde su muladar y su
(hambre.
Ahí va el poeta, exclama el ciego que al avanzar presiente
al que canta y conduce la luz hasta su pecho.
Ahí va el poeta, suspira la mujer de rocío y de humo
que busca el porvenir en la canción que sube.
Lejos del rellano del bosque el desterrado
mira su cuna y la corona del suplicio,
la esponja del vinagre y la estrella violada.
Otra ciudad extraña recibe el paso de su antorcha.
Voces radiosas suspiran su nombre y hay enredaderas
que en el cielo se tuercen porque el poeta fulgura
como la montaña de su remota tierra.
Cantad como David, murmuran las doncellas.
Danzad como David, el desterrado pasa.
Europa es una calle, lastimada de rosas
donde la sangre aun grita en una trompeta.
Allá en el extremo del tiempo esbelta entre marfiles
Asia yergue su rostro de sándalo y de esencia
hacia los litorales donde tu pasión suprema vive...
Por allí trepó la voz del poeta volcando tórtolas
de su país austral empapado de vino.
Hasta las zonas últimas llegó el susurro dulce
de los caracoles de Chile de lento idioma...

. . . .

Ahora te llama el pan del pobre en la mesa triste.
Ahora te llama el lecho del olvidado, la arruga del que va a morir.
Ahora te llama la sangre que se pierde gota a gota
desde el vaso de la entraña que rompió el mercader.
Ahora te llama el escombro donde el musgo agoniza.
Tú eras el que llevaba en sus venas al pueblo,
sus abejas, sus surcos, el arado entre fuegos.
Porque cantabas la verdad ataron tus mariposas
y quisieron quemar tus alas en el cenit...
Pero el océano prosigue en sus olas y la montaña te espera,
la que vió a los indios; la que fué oriflama
en el cuerno de Lautaro dominando a las tribus.
Caupolicán empina el roble y lo esgrime moribundo;
Galvarino besa la sangre de sus muñones y hiere
el sol con los ojos abismados de furia.
El Bío-bío rueda como desatando espadas
y las islas mueven el áureo vestido de sus playas.
Vendrás de pronto como el huracán que destrenza el cielo.
Vendrás con esa sabiduría de todos los sufrimientos
hasta el dintel de tu casa donde aun anida la esperanza
y arde el hogar y los tizones siempre abrasados por tu alma.
Habrá un rumor en la corteza de la tierra
cuando desciendas del carro de Elías o toques con pie firme
la costa resonante como un cañaveral caído,
porque la patria recibe al hijo que prolongó su estirpe.
Traerás en tu mano un poco de la ceniza
de Beudelaire, un aletazo de Pusckin a través de su herida.
Ríos de Europa libres y graves como el Volga
o ríos encadenados a la orilla de los mendigos:
el Tiber suspirando por la muerte de Roma;
el Sena entre llorosas caras de piedra dolorosa;
el Tajo salpicado de sangre como una doncella ultimada.
Ríos de la libertad y ríos atados como un lebrel al destino.
Eres el viajero que tuvo que huír y que regresa
no como el Hijo Pródigo que malgastó su luz y su herencia
sino como el combatiente que ha guardado su lanza
para que cante encima la simiente del trigo.
Vendrás junto a la sombra de Quevedo dormido
en un pálido Elzevir de hace trescientos años.
Vendrás a sentir el impulso floral de Pedro de Oña
y el ventarrón del Sur que domeña volcanes.
En tu ausencia algunos han muerto clavados en su lira;
otros olvidaron el laurel y sus signos
y desconocen ya el peso de la victoria.
No han cambiado las Estaciones ni el mar,
ni se ha marchitado el arcoiris que mira
la tierra tuya desde su corriente de flores.
Quién nos dirá el instante en que hable tu cayado
hacia los litorales donde tu pasión suprema vive...
Los sacrificados, los heridos, los de rostro con sangre:
José Miguel Carrera, el Húsar de Galicia
vendrá a tocar tu mano erguido desde el polvo.
Vendrá Manuel Rodríguez, arriero de la muerte—
fraile, mendigo, montonero—del brazo de la Patria.
Vendrá Camilo Henríquez con cruz en el costado
y La Aurora de Chile de azote y de oriflama,
detrás el pueblo y más allá el Océano..

Angel CRUCHAGA SANTA MARIA

Santiago de Chile, 3 de marzo de 1952.



Jean Aristeguieta en sus dos últimas obras:

"Poesía -Amor de Europa" y "Las Puertas del Secreto"

Por *Mercedes BERMUDEZ DE BELLOSO*

(En *Rep. Amer.*)

Jean es menuda como una diamela guayanesa y como esa flor, hermana mayor del jazmín, esparce un caudal de fragancia que vaga y se dispersa semejante un gran río de aroma. Ya el hecho de haber nacido en el corazón fabuloso de Guayana, al amor de un pueblo tierno y manso cuyos patios de flores aposentan de día a los pájaros y las mariposas, dando albergue en las noches a los cocuyos errantes, inmensos como pájaros de fuego, justifican la intuición poética sobre la cual se levanta el claró verbo que afirma en su entonación un delicioso acento inconfundible. Pero no es su poesía imagen directa de impresiones intuitivas captadas de la naturaleza que rodeó su infancia, —la poesía de Jean, profundamente lírica, es también una poesía de inteligencia. Queda un rezago de ambiente que dió significado a sus primeras grandes palabras.

Todo en Guayana sobrepasa la medida: —piedras, árboles, trepadoras; ríos, raudales—, aparecen en su absoluta magnificencia natural, afirmando la particular riqueza de la tierra y la potencia arrolladora del agua que se empuja a sí misma a través de todos los misterios de aquel territorio que fué senda del Dorado. Y cuando Guayana canta en sus poetas, algo de la inmensidad de su voz se deja oír hasta en el más leve suspiro. Esas frases leves, alzadas sobre la fuerza maravillosa que trae Jean de muy atrás, desde la tierra, los ríos y el cielo, constituyen el milagro de su poesía. Es como un terrible viento alzándose desde la sombra de una selva en cuyo sueño nocturno despiertan las criaturas de Dios. Todos sus versos participan a media voz de esa calidad que la hace penetrar al reino del silencio, y como el agua en el canto de Rodenbach, desciende a su profunda morada de cristal.

Sus primeros libros hablaban casi en secreto. Eran ramilletes de jazmines y diamelas atados con cintas azules para ser entregados al corazón en horas indolentes. Tan pequeños que cabían en la palma de la mano, daban ganas de esconderlos en el corpiño de encaje, entre sedas susurrantes. Aquellos versos de Jean había que leerlos muchas veces, porque se escapaban de la memoria, como la esencia de un vaso de óleos perfumados, pero una vez leídos invitaban a mil regresos líricos, como en la infancia aquellos fascinantes libros de estampas con gnomos y flores sonreídas. ¿Puede darse comienzo más diáfano y deslumbrador?

Pero todavía Jean no había revelado su secreto. Pasó el tiempo y en el culto de cada día entregado al ejercicio de la poesía, —pasión como ninguna otra, vibradora—, fué afirmando su vocación extraordinaria. Su imaginación que había cedido al antiguo embrujo que ejerce en los enamorados de la Belleza el sólo nombre de Europa, despertó su deseo de recorrer el Continente que habiéndose nutrido con el alma de Grecia, mantiene vivo un poco de



Jean Aristeguieta

aquel fuego robado al padre Zeus. Sobre toda la Europa se proyecta todavía la sombra grácil de las columnas del Erecteión y la bella desnudez de los antiguos mármoles fulgura y ciega a la luz del sol mediterráneo, como si todavía Herodoto estuviese leyendo en los Juegos Olímpicos, sus Nueve Libros de Historia dedicados a las Nueve Musas.

Cuando Jean se acerca a las Panateneas del Louvre, llega como una musa de Indo-América a participar de las fiestas de Minerva. Unida el alma a la procesión escultórica que se encamina hacia nosotros desde el siglo de Pericles, da rienda suelta a

Ernesto Montenegro, crítico chileno

Colaboración de *A. TORRES-RIOSECO*



Ernesto Montenegro
(Visto por *Romera*)

Ernesto Montenegro es hoy por hoy el mejor crítico de Chile. Empiezo con esta afirmación dogmática porque la crítica chilena está en manos de tres o cuatro "críticos oficiales" cuyos nombres son bien conocidos. Existe entonces el peligro de que un escritor como Montenegro, que ha vivido muchos años fuera de Chile, que ha hecho trabajos de traductor y de folclorista, sea postergado o colocado al margen de la historia literaria.

Los años que Montenegro ha estado fuera de su patria le han servido para adquirir una cultura literaria superior, para enfocar los problemas artísticos con un criterio universal, para no dejarse influenciar por los pequeños intereses y ambiciones de grupo, para no caer en el pantano de la política literaria. Este hecho ha quedado claramente demostrado en las decisiones de los certámenes literarios en que ha tomado parte y en la distribución de premios nacionales y municipales que ya empezaban a constituir una vergüenza nacional.

Su actitud independiente y justiciera, manifestada en forma especial en el premio adjudicado a González Vera, coloca a este escritor en un plano moral envidiable y ofrece a los escritores jóvenes una garantía de honradez sin la cual no es posible que una literatura florezca como resultado de la vida de un país. En países como el nuestro en que el único aliciente que tiene un escritor es el aplauso de sus pocos lectores o la posibilidad de un premio literario es un crimen jugarse esta recompensa a la ruleta o a la "chuña". Con Montenegro entra en la constitución de los jurados el criterio libre, el conocimiento del tema en discusión, una fuerte dosis de patriotismo, la indiferencia por el aspecto financiero de los premios, la sensibilidad de un verdadero artista, la cultura definidora de los valores.

La obra de Ernesto Montenegro es pequeña pero bien nutrida y jugosa. Su primer libro, *Cuentos de mi tío Ventura* (1932) es una de las colecciones de cuentos populares más amenos en la literatura de su patria. Estos cuentos tienen el picante sabor de las cosas de la tierra, la inocente picardía de los habitantes de nuestros campos, el tono moral con que los "huasos" desnudan sus almas de pecado. Encajan además dentro de una tradición castiza que se remonta a los lejanos días del Infante don Juan Manuel, continúa a través del siglo de oro y viene a hacerse rústica en la mente primitiva de los hombres de América, desde la colonia hasta hoy.

El Tío Ventura domina la lengua ver-

las "ideas y sentimientos", entonando una oración de alabanza.

"Europa, tú nos proteges con tu aliento de primavera civilizadora a estas alturas de la distancia. (Como el amor-poesía para siempre).

Y ninguna de cuantas imágenes recoge en los campos de Suiza: *"frágiles como una doncella o como una flor"*, en los palacios de Francia cuyos parques de otoño rodean la evocación de María Antonieta y su agraciada corte; ni sus pensamientos frente a la Gioconda "de reflejos desvaídos", puede compararse a la emoción que expresa ante las Panateneas, la Victoria de Samotracia y la Venus de Milo.

Jean recorrió a Europa buscando a Grecia como tierna hija que busca a su madre. Y cuando la hubo reconocido y expresó sus impresiones en ese encantador libro que no se parece a ningún otro libro de viajes, sintió que había llegado la hora de abrir su corazón siempre fiel a la poesía: He allí *Las Puertas del Secreto*.

El primer poema está dicho a media voz, *tras las puertas del secreto*. Nótase la mansa brisa del pueblo natal, envuelta en nubes rosadas, olorosas a clavel y rosas nuevas, pero el mirto de Grecia erguido como un ramo de bronce cruza la carne desnuda del canto, limpio y gracioso en su brevedad. Leído este poema, esta "invocación a Safo", a quien suplica:

¡Sálvame para siempre de temores!
Quiero morir amando pora siempre
El torrencial secreto del amor.

Han quedado abiertas de par en par las rejas que vedaban la alucinante visión de las tormentas. En el tercer poema leemos la palabra Libertad, y esa sola palabra, después de la invocación sublime convoca a la alegría que la hace decir:

Yo te amo Libertad hermosa mía
Te amo porque eres invencible y delicada
Altiva en tu humildad indiferente
Tú asistes al secreto del mito del abismo
Y tú mueres de vida legendaria perfecta
Tú eres soplo de júbilo desnudez malherida
Y danzas en el viento danzarina de fuego.

Y así escucha la sangre trajinando en soledad bajo la piel de las consumaciones, y vuelve el recuerdo del huerto familiar al decir: "Sangre viva, de cielo, de guayaba". Pero desde la sangre pasa a decirnos de sombra y de amor y cae en una renuncia a ser fuego, como bacante fatigada que se apoya a una columna abandonada:

¿Para qué estar contigo
Si alas de maravilla
se deshacen inertes
Si un ocaso de pétalos
Dentro del pecho crece?

Rima, la niña-flor de *Mansiones Verdes*, viene precedida de un amanecer lleno de flores de rocío. Olvídanse los mármoles y las doncellas de la *Corona* de Safo y el aire de las islas se convierte en ráfaga densa de humedad: "Lejanía de las músicas del agua". Pero ya no puede identificarse con Rima de la selva, con Rima ceñida por la túnica de telarañas tornasoles. Rima, la del sueño simple que oficia entre serpientes y hormigas obedientes, está mejor "entre cenizas". Jean, lejos ya de los árboles del bosque, se ha entregado a sus sueños legendarios, mientras la adolescente Rima le sonríe desde una flor. Ella y Terry, el perrito asesinado, asoman y desaparecen.

Así va de puerta en puerta, abriendo vistas al corazón, conmovida en sus Elegías y sonámbula en su sueño donde apenas si se nombra al mar, porque agoniza con algo de su agonía. Más cerca de los elementos, en un puro existir su existencia, dice en la Oda a quien con amor escucha:

Oh amor que me rodeas de extraña certidumbre
No estoy triste si digo que el mundo es un delirio
Que tú tienes la llave de mi jardín celeste
Y que tiembla el alma al trazar esta oda.

En el *Canto Libre* entrega la última llave de sus puertas secretas. Es la hora del vértigo, donde se dice sin miedo la palabra Muerte:

Tuya es esta muerte mía esta muerte
Tómame como soy ardiente desolada
(visionaria.

---

nácula y conoce la psicología de su gente. Por eso los chicos que forman su auditorio le escuchan con el alma en la boca y el lector de Montenegro le sigue con el mismo entusiasmo. Algunas de estas narraciones en nada desmerecen de las de don Ricardo Palma, hoy clásicas en nuestra literatura y deberían aparecer en todas nuestras antologías en vez de esos cuentos chirles de los "costumbristas" modernos que nos presentan "huasos" y "chinas" como figuras de cartón. El encanto de los cuentos del tío Ventura está en la intriga picaresca, en la inocencia fingida de los personajes y en la sal del estilo, lleno de refranes, chilenismos, y salidas irónicas. Las primeras líneas de cada relación crean ya la atmósfera necesaria, v. g. ésta de *El Niño del gallo:*

"A una señorita ya algo mayor le dieron una vez un niño huacho para que le sirviera de campañía, pero el indino era tan sin ley que no sabía lo que era tenerle miedo a nada, y ya le estaba haciendo salir canas verdes a la pobre".1

Su segundo libro, *El Hombre que corrompió a Hadleyburgo* (1933) es la traducción de una serie de cuentos norteamericanos. Los autores incluídos en el volumen son Mark Twain, Ambrose Bierce, Sherwood Anderson, Sinclair Lewis, Ring Lardner, Thyra S. Winslow, y Hemingway. La selección revela un conocimiento concreto y seguro de la literatura de los Estados Unidos y ningún crítico norteamericano podría superarla. Para su tiempo, entonces, es una antología representativa. En el arte de traducir Montenegro se desempeña bastante bien, a pesar de las dificultades inherentes a tal ejercicio.

Puritania (1934) es un libro de fantasías y crónicas de la vida norteamericana. Pero es más que esto. Montenegro penetra en la psicología de este pueblo con rara intuición. Ve cosas que sólo los yanquis deberían ver y anticipa acontecimientos con alarmante clarividencia. Al leer esa novela breve incluída en *Puritania* llamada *El secuestro de Rockefeller* he visto una especie de técnica del secuestro y sus resultados tal como aparece más tarde en ocurrencias verídicas. Sus descripciones de la zona minera de California y de las regiones hispánicas de Nuevo México se encienden en líricos fuegos, pues el escritor reconoce en la primera una tradición española-chilena y en las segundas la transición que sufre la raza española en un ambiente de cambios violentos.

Yo que he andado por todas las tierras que visita este autor doy fe de la autenticidad de sus relatos, ya sea al seguir la huella hispánica en California como la francesa en el Canadá, ya sea entre los "hispanos" de Santa Fe o entre las sefardíes de Nueva York. Y en una lejanía de treinta años me sonrío melancólicamente al pensar que Montenegro y yo estuvimos en el mismo lugar presenciando la lucha entre Dempsey y Carpentier, cuando yo no conocía aún al autor de este libro.

Hago esta revisión de impresiones ahora que ha llegado a mis manos el último libro de Ernesto Montenegro: *De descubierta* (1951). Contiene este breve volumen seis ensayos, Crítica-Bibliografía-Estadística; Pezoa Véliz, poeta del pueblo; Integridad de Baldomero Lillo; Apreciación de D'Halmar; La Vida andariega de Pérez Rosales y La Guerra a Muerte, según Vicuña Mackenna. Casi todos estos ensayos habían sido ya publicados, pero ¡cosa rara! todavía en 1952 son de actualidad.

El estudio sobre Pezoa Véliz sirvió de prólogo a la primera edición de los versos del autor de *Tarde en el Hospital*, 1912. Queda definida en este ensayo toda una generación de poetas chilenos entre los cuales Pezoa ocupa el lugar más importante; Montenegro cree en la vena popular de este poeta, aunque es evidente que ha sido tocado por la varilla mágica del modernismo. La originalidad de Pezoa consiste en "la franqueza a veces cruel, a veces brutal, en la expresión de su sentir y su pensar". El origen humilde del poeta y el abandono de su existencia son los factores determinante de su obra. Hay naturalmente excepciones en poemas como *Capricho de artista, Romanza de amor, Noctámbula, Tarde en el hospital*, etc., en que la influencia de Darío, Gutiérrez Nájera o Ada Negri es innegable, pero su expresión más genuina hay que buscarla en *Pancho y Tomás, Nada, Entierro de campo*, poemas de recia inspiración popular.

Creo que Montenegro ha captado el espíritu de este poeta al transmutar los valores humanos en valores líricos, y aunque yo mismo he señalado influencias literarias cultas en él tengo que reconocer que lo más intenso de su poesía está en el factor nacional. Antonio de Undurraga, autor del libro más completo que se haya escrito sobre Pezoa Véliz concuerda con Montenegro y conmigo en la mayor parte de estas apreciaciones estéticas.

1 *Cuentos de mi tío Ventura*, p. 73.

2 *Pezoa Véliz, Biografía, crítica y antología*, 1951.

Y ya en el tránsito, ya fatigada pero aún pronunciando la palabra Poesía, porque ni en medio de ese transporte apasionado puede apartar de sus ojos esa visión mágica y todavía más allá, hablando del misterio: "en que agoniza el sueño de su sueño más arcano", sigue amándola con "mística violencia".

Leyendo *Las Puertas del Secreto* penetramos a la profunda morada de cristal de la verdadera poesía, poesía que no necesita comentario, porque se eleva desde la más oculta fibra al más majestuoso pensamiento con sus propias alas victoriosas.

Maracaibo, Venezuela, 1952.

No he leído en ninguna parte un juicio más justiciero y más ceñido a la verdad que este que Montenegro dedica al primer cuentista chileno, Baldomero Lillo, autor de los cuentos mineros intitulados *Subterra*. Toda la angustia de esos obreros chilenos que trabajan en las minas de Lota pasa a la sensibilidad del comentador, y de él, al lector de su ensayo. Otra vez estamos en presencia de un genuino escritor chileno, una especie de Gorki nativo que eleva la miseria horrorosa de esas víctimas a un plano artístico ameritado por la piedad y la pasión.

La apreciación de D'Halmar nos revela la personalidad de un novelista de esa generación que brilló entre 1900 y 1910, de un "exquisito" que cultiva, el primero en Chile, la escritura artística y que bajo múltiples influencias —Zola, Daudet, Tolstoi, Ibsen, Loti, Proust— ejerce en su patria un verdadero magisterio literario. Montenegro analiza sus obras principales: *Juana Lucero, La lámpara en el molino. La pasión y muerte del cura Deusto.* Es una lástima que Montenegro no haya traído su análisis a las obras más recientes de este novelista cuya muerte acabamos de lamentar.

Montenegro es un gran admirador de la vida trashumante y aventurera de Vicente Pérez Rosales, uno de los hombres más pintorescos en la historia chilena. Su entusiasmo llega a la exageración cuando escribe: "*Los recuerdos del pasado* son el libro de cabecera de la literatura chilena", afirmación que aceptaríamos si se refiriera a la del siglo xix, pero que ponemos en tela de juicio al pensar en obras como *Alsino, El hermano asno, Canto General.* Yo mismo le sigo en esta admiración hasta el punto de haber traducido al inglés la parte de *Recuerdos del pasado* que se refiere a las experiencias del autor en California.3 La mejor definición que se puede dar de la obra de Pérez Rosales nos la ofrece Montenegro en estas cuatro líneas: "Y esa rica experiencia del mundo, supo don Vicente contarla con tan espontánea campechanía que no parece que tuviéramos un libro por delante, sino que un amigo de la casa fuese detallándonos de viva voz los mil y un trajines de su andariega y contrariada vida". Esto es lo exacto, pero lo que nos cuentan los amigos no tiene nunca categoría literaria, por interesante que sea. El libro de Pérez Rosales vale más por lo dramático vital, por lo humano, que como obra literaria.

Algo parecido podría afirmarse de *La Guerra a Muerte*, comentario de uno de los períodos más brutales de la historia de Chile, y el mismo Montenegro nos da la razón: "*La Guerra a Muerte* en que lucen a parejas la viveza de su estilo, su intuición de los caracteres y ese inagotable interés humano que es, a no dudarlo, su virtud más sólida y duradera".

He dejado intencionalmente para el fin de mi comentario el capítulo primero del libro, que trata de la crítica, la bibliografía y la estadística. Al escribir un resumen crítico de la novela en Chile en los últimos cincuenta años el crítico se queda perplejo pensando en toda la basura que existe con el nombre de novela. La dificultad de definir lo que es exactamente una novela también le preocupa, y por fin la necesidad de hacer una revisión de valores "Las facultades distintivas del crítico son las de percibir, comparar, escoger; él ha de interpretar la biobliografía. La labor del bibliógrafo es su auxiliar. Este realiza una tarea inclusiva y cuanto más completa, mejor". Aquí observo que Montenegro no cree en la conciliación de ambas actividades, opinión con la cual yo estoy en desacuerdo, al pensar en escritores como Amado Alonso, Pedro Henríquez Ureña, Alfonso Reyes, para quienes ambas actividades son de igual valor en la prueba final de la crítica literaria.

Lo que le pasa a Montenegro es que se ciñe demasiado a la observación de las condiciones locales en esta clase de estudios. El comentador de la literatura que desdeña la bibliografía razonada y escribe sobre obras literarias como podría hacerlo sobre modas femeninas o carreras de caballo no merece tomarse como ejemplo. Ese es el caso del señor Ricardo Latcham. El erudito de temperamento, el bibliógrafo serio, que insiste en hacer obra crítica va por camino equivocado. Este es el caso del señor Silva Castro.

Montenegro menciona en seguida al crítico ecléctico —acaso pensando en el señor Díaz Arrieta— que trata de juzgar al escritor por sus mejores obras. Pero ¿hasta dónde debe llegar la elasticidad del criterio en esta cuestión? Es verdad que el crítico de inteligencia y corazón debe ser piadoso con los jóvenes y alentarles en sus primeros esfuerzos pero de aquí se puede avanzar inconscientemente hasta llegar a esa crítica encanallada a que nos tienen acostumbrados las revistas chilenas en que una camarilla de audaces y mediocres declara geniales a los esperpentos escritos por sus compañeros.

Pone fin a sus observaciones nuestro autor en la forma siguiente: "Algunos casos recientes nos han dejado ver con lamentable coincidencia la disparidad del gusto del crítico con el de la masa de lectores y aun con el criterio de los jurados. La conclusión final parece ser que no debemos remontarnos demasiado alto si no queremos quedarnos solos". Esto es revelador. Es justo que el verdadero crítico no concuerde con la masa de lectores, ni siquiera con aquella masa que se cree iniciada, y mientras menor es la cultura de una sociedad mayor debe ser esa disparidad. También es justo que no esté de acuerdo con el criterio de los jurados, sobre todo si éstos son de compadritos venales. Lo que no es justo es que el crítico inteligente sea un derrotista, tema volar demasiado alto y tema quedarse solo. En esta actitud de Montenegro, que yo estimo acomodaticia, se nota demasiado a las claras la influencia maleante del ambiente.

*

Los cinco autores que estudia Ernesto Montenegro en *De descubierta* son en cierto modo los más representativos en sus respectivos géneros de nuestra literatura. El espíritu de selección es una de las más altos cualidades del crítico literario y Montenegro demuestra poseer este don. Ojalá pueda nuestro compatriota dedicarse de lleno a su obra literaria y llegar a ser un día la sexta personalidad representativa. Pero para esto será necesario que se aleje de Santiago y se vaya a vivir a Quillota.

A. T. R.

Berkeley, Calif., 1952.

3 *California Adventur.* (En col. con E. M. Morby). San Francisco, 1947.

Recuerdos de Manuel Ugarte

(En el *Rep. Amer.*)

En Tegucigalpa, 1911

Residía en la capital de Honduras y hacía mis segundas armas en el periodismo. (Las primeras venían desde Managua, pasando por Guatemala, en ejercicio inicial).

Un día se anunció la llegada del argentino Manuel Ugarte, en prédica anti-imperialista, léase: antiyanquista. Vibró la ciudad enclavada entre canteras. Los jóvenes que pululábamos por los caminos de la prensa, recibimos a Ugarte con palmas de sábado de rosas. Era un Mesías. Vino la inevitable conferencia, el inevitable banquete en algún dudoso hotel de Tegucigalpa. Froylán Turcios se atusaba los mostachos. Redactor del *Nuevo Tiempo* que dirigía Turcios, hice la propaganda de estilo al viajero. Aquí de un recuerdo, cuando Oscar Nizú (doctor Samuel Laínez) pidiera a Ugarte su fotograbado, para la publicidad. Excusa de Ugarte: él no era torero ni cómico: podía dar su fotografía.

Moreno, de bigote recortado. Talento y algo de ponderación. Una brillantez que, arrancada de Buenos Aires, más bien arrancaba de París. Ahora estoy releyendo el breviario de Vargas Vila acerca de Rubén Darío, en que aparece mencionado repetidamente Manuel Ugarte, bajo el elogio de aquel maestro terrible, que hizo y que derribó reputaciones.

Tengo en un baúl de libros el de Ugarte en que recogió sus recuerdos de aquella jira. Menciona al autor de estos recuerdos, en una lista de los muchachos que le atendimos en la Teguzgalpa.

Partió Ugarte.

En Buenos Aires, 1916.

Viajaba en un tranvía, cuando acerté a reconocer a Manuel Ugarte, en un asiento delantero.

—Don Manuel Ugarte—dije.

Volvió la mirada y estaba hecho el contacto.

Otro día, en la Avenida de Mayo, encuentro ocasional con Ugarte. Este me propone que dé una conferencia sobre el Trata-

do canalero de Nicaragua.

—No creo en las conferencias —digo al amigo, agradeciéndole, desde luego, su generosa sugestión.

Pero en eso experimenté la primera y única canasteada (verbo de mi cosecha, el verbo canastear) de *La Nación*, diario del cual era redactor. Artículo por cierto discreto, en que me refería a la aprobación en esos días del Tratado Bryan-Chamorro, por el Senado pinolero. Busqué a Ugarte.

—Doy la conferencia—le dije.

Entonces él procedió a los preparativos. El esquema fué comunicado a los periódicos.

Me había advertido bonaerensemente Carrasquilla Mallarino que no improvisara, por lo delicado del público de aquella capital tramada.

Llegó el día —la noche— de la conferencia, sin que preparase una línea. Al juntarme con Ugarte en su domicilio, el alentador amigo me reconfortó con un enorme whisky. Partimos para el salón La Argentina, calle Rodríguez Peña, 361.

Presentación de Manuel Ugarte en términos tales, que me sentí abrumado. Dios pague a quien ya remontó la vida, aquellas palabras dictadas por la bondad, por la generosidad, por compañerismo poco usual en el campo de las letras.

Conservo dos recuerdos gráficos de aquella conferencia —quizá la única que haya dado en mi vida—: los recortes de las crónicas de los diarios y una página de revista con fotografía de los asistentes.

Después, telones de tiempo y de espacio.

Cartas fechadas en la ciudad donde estilizo estos recuerdos, cartas fechadas en Niza, lugar donde a una treintena de años casi, había de dar el paso más allá de la vida el connotado hombre de letras.

La página que Ugarte dedicó a mi *Factoría* y que agradecí en el alma.

Nuevos telones.

De pronto, Ugarte en la diplomacia.

Llega a México, donde recibe mis letras cordiales.

Va a Nicaragua.

Es trasladado a Cuba. Allí comienza el drama, sobre el drama de una diplomacia difícil que tenía que cumplir Ugarte.

En Europa otra vez, otra vez en Niza.

El gas letal.

Descanse, grande y buen amigo. Como las del Dante, sus sienes yertas supieron del laurel. Le doy esa noticia.

G. ALEMAN BOLAÑOS

Guatemala, Mayo de 1952.

Mensaje de la LIGA FEMENINA SALVADOREÑA

(En *Rep. Amer.*)

Al Señor Presidente de Estados Unidos
Sr. Harry S. Truman
Casa Blanca. Washington.

Liga Femenina Salvadoreña identificándose con el movimiento latinoamericano en favor de la vida de Oscar Collazo, acusado de homicidio frustrado en la vida del Presidente, une su voz para pedir ante vuestra Excelencia, la conmutación de la pena para el hombre que ciego por la Libertad de su Patria, Puerto Rico, intentara tal suceso.

Amparando esta petición en la Declaración de los *Derechos del Hombre*, aprobados el 10 de Diciembre de 1948 y firmada y ratificada por el país Miembro Estados Unidos.

CONSIDERANDO:

a) Que en artículo 3º dice: "Todo individuo tiene derecho a la vida, a la libertad y a la seguridad de su persona".

b) Que en el Art. 5º dice: " Nadie será sometido a torturas ni a penas o tratos crueles, inhumanos o degradantes."

c) Que según el Art. 8º de los mismos Derechos del Hombre dice: "Toda persona tiene derecho a un recurso efectivo, ante los tribunales competentes, que la amparen contra actos que violen sus derechos funmentales reconocidos por la Constitución o por la Ley.

d) Que la Colonia de Puerto Rico, desde hace más de cien años lucha por la Libertad de su patria, por su himno y su bandera.

e) Que Colombia y México dieron su apoyo a Simón Bolívar para libertar a Puerto Rico, pero fué Estados Unidos quien impidió en aquel entonces que se libertara a Cuba y a Puerto Rico en 1825, a pesar de que el Libertador insistió.

f) Que en 1868, la nación de Puerto Rico se había levantado en armas y proclamado la república en el pueblo de Lares, Revolución que fué debelada por España.

g) Que el Presidente del Consejo de Ministros españoles Juan Prim, declaró el 20 de abril de 1869: "No me hago ilusiones y no acierto la esperanza de que España mantenga por mucho tiempo su soberanía en las Antillas. Yo considero que la hora de Independencia ha sonado para ellas".

h) Que su Majestad María Cristina, Reina Regente, en nombre de su Augusto Hijo el Rey Alfonso XIII otorgó la Constitución Autonómica de Puerto Rico por un real Decreto el 25 de Noviembre de 1897.

i) Que el Primer Presidente Constitucional bajo la Constitución Autonómica fué Don Francisco Mariano Quiñonez y Ministro de Hacienda fué el conocido Manuel Fernández Juncos.

j) Que en la Carta Autonómica se reconoce formalmente la Independencia de Puerto Rico, de la nación Española.

k) Que el Tratado de París fué el 11 de Abril de 1889, el cual liquidó la guerra Hispano Yankee. Ya Puerto Rico tenía antes su autonomía por lo que resulta nulo ese tratado en lo que se refiere al Tratado de España de entregárselo a los Estados Unidos con otras posesiones, porque Puerto Rico no era parte beligerante, ni firmante de ese tratado y ya tenía su autonomía en el año anterior, 1897.

l) Que así es como el 25 de Julio de 1898 sufre la intervención militar de los Estados Unidos, con la invasión del General Nelson A. Milles, con ejércitos yankees a la isla por el Puerto meridional de Guánica.

ll) Que desde entonces vive Puerto Rico dependiente de los Estados Unidos, perdiendo así la Autonomía que España le diera el 25 de noviembre de 1897.

m) Que el gran Eugenio María de Hostos luchó toda su vida por la libertad de Puerto Rico y se definió así: "Yo soy americano, yo tengo la honra de ser puertorriqueño y anhelo que esa patria no dependa de ninguna otra nación". "He aquí la vida todo ideal que me he trazado: Hacer la Independencia de mi Patria".

n) Que el doctor Pedro Albizu Campos, condenado a prisión actualmente, como otros patriotas han sufrido destierros, persecuciones, encarcelamientos, pues como buenos puertorriqueños quieren la Independencia de su Patria y desean darle su himno y su bandera propios.

ñ) Que según la Declaración de los Derechos del Hombre: Art. 28: "Toda persona tiene derecho a que se establezca un orden social e internacional en el que los derechos y libertades proclamados en esta Declaración se hagan plenamente efectivos.

o) Que Oscar Collazo, ama entrañablemente el deber de luchar por la libertad de su Puerto Rico, y lo cegó a tal intento contra una persona de tanto poder.

RESUELVE:

Pedir al Excelentísimo Señor Presidente de los Estados Unidos, Sr. Harry S. Truman la conmutación de la pena de muerte de Oscar Collazo, por otra pena que le ponga a salvo la vida, así como la libertad del Dr. Pedro Albizu Campos.

Liga Femenina Salvadoreña

Mercedes MAITI
Secretaria General
Emma ESCALANTE RUBIO
Secretaria de Cultura
Olivia MONTALVO
Secretaria de Finanzas
Faustina VILLEGAS FLORES
Secretaria de Conflictos
Laura de PAZ
Secretaria de Relaciones
Ada Gloria PARRALES
Secretaria de Actas
Marina Olano de BARDI
Secretaria Asuntos Sociales
Julieta ARTILES
Colaboradora de Propaganda

Cuando de Chile

Poema de *Pablo NERUDA*

(En *Democracia* de Santiago de Chile, 10 de junio de 1952)

OH CHILE, largo pétalo
de mar y vino y nieve,
ay cuando
ay cuando y cuando
ay cuando
me encontraré contigo,
enrollarás tu cinta
de espuma blanca y negra en mi cintura,
desencadenaré mi poesía
sobre tu territorio.

Hay hombres
mitad pez, mitad viento,
hay otros hombres hechos de agua.
Yo estoy hecho de tierra,
voy por el mundo
cada vez más alegre:
cada ciudad me da una nueva vida,
el mundo está naciendo.
Pero si llueve en Lota
sobre mí cae la lluvia,
si en Lonquimay la nieve
resbala de las hojas
llega la nieve donde estoy.
Crece en mí el trigo oscuro de Cautín.
Yo tengo una araucaria en Vellarrica.
Tengo arena en el Norte grande.
Tengo una rosa rubia en San Fernando.
Y el viento que derriba
la última ola de Valparaíso
me golpea en el pecho
con un ruido quebrado
como si allí tuviera
mi corazón una ventana rota.

El mes de octubre ha llegado, hace
tan poco tiempo del pasado octubre
que cuando éste llegó fué como si
me estuviera mirando el tiempo inmóvil.
Aquí es Otoño, Cruzo
la estepa siberiana,
día tras día todo es amarillo,
el árbol y la usina,
la tierra y lo que en ella el hombre nuevo
[crea,
hay oro y llama roja,
mañana, inmensidad, nieve, pureza.

En mi país la Primavera
viene de norte a sur con su fragancia,
es como una muchacha
que por las piedras negras de Coquimbo,
por la orilla solemne de la espuma
vuela con pies desnudos
hasta los archipiélagos heridos.

No sólo territorio, Primavera,
llenándome, me ofreces.
No soy un hombre solo.
Nací en el Sur. De la frontera
traje las soledades y el galope
del último caudillo.
Pero el Partido me bajó del caballo
y me hice hombre, y anduve
los arenales y las cordilleras
amando y descubriendo.

Pueblo mío, verdad que en Primavera
suena mi nombre en tus oídos
y tú me reconoces
como si fuera un río
que pasa por tu puerta?

Soy un río. Si escuchas
pausadamente bajo los salares
de Antofagasta, o bien
al Sur de Osorno
o hacia la cordillera, en Melipilla,
o en Temuco en la noche
de astros mojado y laurel sonoro,
pones sobre la tierra tus oídos,
escucharás que corre
sumergido, cantando.

Octubre oh Primavera,
devuélveme a mi pueblo.
Qué haré sin ver mil hombres,
mil muchachas,
qué haré sin conducir sobre mis hombros
una parte de la esperanza?
¿Qué haré sin caminar con la bandera
que de mano en mano en la fila
de nuestra larga lucha
llegó a las manos míos?

Ay Patria, Patria,
ay Patria, cuando
ay cuando y cuando,
cuando
me encontraré contigo?

Lejos de ti
mitad de tierra tuya y hombre tuyo
he continuado siendo,
y otra vez hoy la Primavera pasa.
Pero yo con tus flores me he llenado,
con tu victoria voy sobre la frente
y en ti siguen viviendo mis raíces.

Ay cuando,
encontraré tu Primavera dura,
y entre todos tus hijos
andaré por tus campos y tus calles
con mis zapatos viejos,
ay cuando
iré con Elías Lafferte
por toda la pampa dorada,
ay cuándo a ti apretaré la boca,
chilena que me esperas,
con mis labios errantes,
ay cuando
podré entrar en la sala del Partido
a sentarme con Pedro Fogonero
con el que conozco y sin embargo
es más hermano mío que mi hermano,
ay cuando
me sacará del sueño un trueno verde
de tu manto marino
ay cuando, Patria, en las elecciones
iré de casa en casa recogiendo
la libertad temerosa
para que grite en medio de la calle,
ay cuando, Patria,
te casarás conmigo
con ojos de verdemar y vestido de nieve
y tendremos millones de hijos nuevos
que entregarán la tierra a los hambrientos.
Ay Patria sin harapos,
Ay Primavera mía,
ay cuando
ay cuando y cuando
despertaré en tus brazos,
empapado de mar y de rocío,
ay cuando yo esté cerca
de ti, te tomaré de la cintura,
nadie podrá tocarte,
yo podré defenderte
cantando,
cuando
vaya contigo, cuando,
vayas conmigo, cuando
ay cuando.

Circular

Entérense y acojan

Muy señor mío:

Tengo cuatro libros escritos en el extranjero que abrigo la ilusión de poder publicar en Costa Rica; pero como carezco de dinero para su edición, me veo obligado a recurrir a los amigos y a los amantes de la lectura en general.

Siguiendo una experiencia del año 36 cuando publiqué tres libros habiendo, como quien dice, colocado de antemano su edición, me tomo la libertad de dirigirme a Ud. ahora con el ruego de que sea muy servido de devolverme lo parte posterior de esta circular con la indicación del número de ejemplares que desee Ud. adquirir de cada uno de los libros, los cuales son los siguientes:

1º *Canto a la Amada viva y muerta*, versos dedicados a la santa memoria de mi desaparecida esposa;

2º *El Paisaje moral Costarricense*, (ciento y pico de anécdotas ticas) en el cual aparecen, con perfiles definidos, nuestros principales hombres;

3º *Frente a otros Horizontes*, crónicas del extranjero; y

4º *Cómo he vivido*, notas autobiográficas.

Cada uno de los ejemplares costará ... ₡ 10.00 (diez colones) y le quedaré muy reconocido a quienes sean tan gentiles de hacer, por anticipado, el pago de los ejemplares que encarguen con cuyas sumas iré adelantando el pago de la imprenta. Quienes así lo dispongan, pagarán el valor de los libros a su recibo, para lo cual, en la contestación, dejarán legible el sistema que escojan (pago anticipado o pago al recibo) tachando el otro.

Le agradezco, desde este momento, la buena voluntad de su acogida y su amable y valiosa colaboración.

De usted muy atentamente,

José Albertazzi Avendaño

Apartado 1524

. . . .

(Favor de poner la dirección con toda claridad.

Sr. Lic. J. Albertazzi Avendaño
San José, Costa Rica

Le ruego reservarme

.... ejemplares de *Canto a la Amada viva y muerta;*

.... ejemplares de *Paisaje Moral Costarricense;*

.... ejemplares de *Frente a otros Horizontes;* y

.... ejemplares de *Cómo he vivido.*

Le incluyo .... colones, valor de los ejemplares encargados. Pagaré el valor de los ejemplares encargados a su recibo.

De usted atentamente,

. . . .

7 poesías sin título

(En *Rep. Amer.*)

1

Yo no diré que la tristeza es miedo
ni que el cielo desgaja sus orillas
para ensanchar el paso de los vientos
a través de los garfios y los lirios.

Yo no diré que es hambre la aventura
ni que el ancla del mundo son los besos,
para ir a los mares del anhelo
no hacen falta las velas ni los puertos.

Yo no diré que es sombra ese misterio
donde nacen aceros y sus filos,
la sangre que derrama el pensamiento
es la única forma del abismo.

Tristeza o aventura, sangre o miedo,
portento de huracán o leve brisa,
Los astros preguntando... ¿qué es el fuego?
Y el hombre respondiendo... ¿qué es la vida?

2

Azul y gris, presencia.
Uno se ríe y no sabe...!
Porque el dolor es mástil
y la ironía tarde.
La noche cae... mañana,
dónde?
A veces es verdad
cuando rasgando una ave
abre su pecho el mar.
Uno se ríe y no sabe...!

3

Unos ojos cansados con amplitud de bueyes,
casi yoguis modernos
con progreso,
y pereza inmortal —estilo Bécquer—
sin preguntar... ¿Qué es esto?

4

Ni espacio, ni temor,
nada hay que decir...
Heraldos de tristeza lacerados
de ilusión.
Surcos de instantes,
agonías de Dios
y lo que ha sido.
Ni la espiral del tiempo
y de los muertos
llega al mar.
La vida sólo trae la vida
y la pasión igual.
Asombro!
Nada hay que decir...
El silencio tal vez
pronuncie lo de siempre
y seguir...

5

Escondida visión de abismos hondos
sin poder definir su lejanía,
cascadas de noches en el día
con auroras de estrellas en los fondos.

Espumas dolientes en los lodos
del agua que duerme en agonía,
caprichos de silencio y de poesía
que dibujan amor de blancos modos.

Y volver a soñar altares ciegos
en la inmensa beatitud de la montaña
con las manos en árboles de ruegos

y las hojas caídas sin acento
cual si fueran reflejo de una extraña
limosna de lágrimas al viento.

6

Un corazón de azul cantar lejano
con rigurosa forma y desvarío.
Metáforas de vida y hondos ecos
llorando de ansiedad ajeno nido.

Con pausas de verdad y gris de nieve
camino hacia el allá, allá y olvido...
Angosta cicatriz de mar burlado
con viento, nave y carga y amplio río.

Porque todo será o es o siempre ha sido
o nunca ya será materia erguida
—un grito de protesta con dos letras
y doscientos perdones con un signo—.

Azul, congoja y más poesía
—poesía que nadie nunca ha escrito—
irónica máscara de vida
camino hacia el allá, allá y olvido...

y 7

Un día de tantos yo llegaré a tu alma
y te traeré nostalgias no soñadas,
comprenderás el tiempo y el silencio
de tu pupila blanca... envuelta en el secreto
de mi dolor lejano.
Yo llegaré a tu alma y en la sangre
arderá un impulso de esperanza
como alegría viciada que empezara
a confesarse franca...

Mario PICADO UMAÑA

Costa Rica. 1951.

Don Argumento

Es un cuento de *Patricia COX*

(En *Rep. Amer.*)

Era un hombre amable, sencillo y risueño que llegó un día a la provincia a ganarse el pan a fuerza de luchas y sinsabores.

Fundó un periódico, *El Argumento*, donde él hacía de todo, impresor, cajista y repartidor, Director-Gerente, Agente de ventas y demás personal, que se resumía en su enérgica persona, alentada por un soplo grandioso de trabajo y de pobreza.

En aquellos dos hojitas impresas que había hecho circular entre todo el pueblo —algunos lo pagaban y otros no— señalaba con índice de fuego las lacras de las autoridades y las faltas a la moral.

Varias veces fué a dar con sus huesos a la cárcel, y la gente lo comentaba sonriendo, con un dejo de lástima y de admiración:

—¡Ya Don Argumento está en el bote!...

Después del encierro, volvía el pobre hombre a la brega con más ardor que antes, colmado hasta la médula de un romántico afán de enmendar errores y con una sed insaciable de justicia.

Las reuniones obligadas eran en la Botica Nueva, la más vieja y prestigiada de las del poblado, con sus estantes llenos a reventar de botes de porcelana artísticamente decorados y que lucían como una presea, los infinitos nombres de reconocidos venenos de celebridad. Allí se vociferaba, se escribían los editoriales entre los concurrentes rebeldes siempre a toda autoridad buena o mala; se comentaban los sucedidos escandalosos de aquel pueblo sencillo y mojigato, y se despellejaban las flaquezas ajenas.

De allí salía Don Argumento, bajo el cielo nublado o sereno, a pasearle la calle a Rosita Vilchis, de quien estaba locamente prendado.

Rosita era muy seria, muy callada, muy mujer. Algunas veces había premiado la constancia de Don Argumento con una velada sonrisa, tan tenue, tan discreta, que Don Argumento no podía afirmar que hubiera sido una prueba de simpatía a sus múltiples atenciones y requerimientos.

Rondaba la calle de esquina a esquina, estirando el cuello para ver la silueta de Rosita bordando a la luz del quinqué, o para escuchar la música que sus dedos angelicales hacían brotar de un piano venerable heredado de la abuela, que sonaba porque existe siempre una ley de misericordia en el mundo para consuelo de los humildes.

Don Argumento suspiraba recargado al poyo del zaguán de enfrente. Algunas veces se atrevió a deslizar bajo las rendijas de la ventana de su dueña, una perfumada carta de amor donde le relataba las torturas de su corazón amante y las esperanzas de ver correspondido su cariño; otras veces, cuando los suscriptores y anunciantes tenían a bien pagarle algo de lo que le debían, el bolsillo de Don Argumento dedicaba una modesta suma para la adquisición de un ramo de flores que colgaba de la reja, mientras tocaba nerviosamente con los nudillos y echaba a correr para ocultarse en la oscuridad y sorprender a Rosita cuando se asomaba a desprender el regalo.

Llegó a atreverse a publicar en las páginas de su periódico versos dedicados a la señora de sus pensamientos, causando la general consternación de todo el vecindario.

Pasaron así los días entre penas y contentos, mezclados el desazón y la esperanza, entre deudas y cárceles, suspiros y noticias, sin dejar ninguna noche —sólo por razón de rejas— de pasear la calle de Rosita Vilchis. Era un amor a prueba de porfía, como un largo camino que no tuviera fin y en el que solo brillara, lejana y débil, la confianza de un milagro.

El periódico continuaba sus tirajes, atacando firme y tenaz, y un día publicó documentos tremendos en contra de una de las autoridades pueblerinas. Don Argumento fué como de costumbre a pasar una temporada a la prisión sin que nadie se atreviera a visitarlo porque era peligroso. Encerrado, sin libros, sin amigos, sólo le sostenía la quimera de aquel su amor por Rosita Vilchis.

Por fin un día las rejas se abrieron y Don Argumento caminó por la calle respirando a todo pulmón aquella libertad de la que se le privaba por defender la integridad y la honradez social. Sus pasos se encaminaron a la calle de su amada. Le pareció más oscura, como envuelta en un velo de soledad y de tristeza. Las ventanas de la casa de Rosita permanecieron sin luz y cerradas...

* *

Lo supo por sus amigos. Rosita se había

casado con un forastero que llegó al pueblo a caza de fortuna y de mujer bonita.

Don Argumento sintió que una daga le perforaba el corazón.

Pasaron los años, algunos rápidos y turbulentos, otros quietos y en todos ellos, noche a noche, Don Argumento rondaba por la casa que había sido de Rosita. Varias veces se acercaba a acariciar los barrotes de la ventana. Allí había apoyado ella los brazos, había pensado en él algunas veces cuando su amor se desbordaba y las páginas de su periódico le dedicaban versos, de allí había recogido los ramos de rosas que como ofrenda le llevaba cuando podía... Y él reclinaba su cabeza y besaba las rejas... ¡Si ella volviera!...

Y volvió un día, viuda y sola, pobre y triste. Pero allí estaba el corazón fiel que la esperaba siempre y que consoló sus penas amargas con la ambrosía de un cariño noble y leal.

Pero Don Argumento llegaba tarde por las noches a su casa.

Desde la acera de enfrente, gustaba de mirar a Rosita como antes, cuando la vida no le había dado más que esperanzas y penalidades. Se encantaba en deslizar las cartas por las rendijas de la ventana y en colgar ramos de flores de la reja... como antes...

...Y la gente decía que Don Argumento se había enamorado de la ventana.

México, D. F. 1952.

Las plantas, tesoro de salud

(En *Rep. Amer.*)

La total ausencia de herboristerías en nuestras ciudades y pueblos es indicación clara de lo mucho que nos hemos alejado de la Naturaleza. Nos hemos olvidado de que la Botánica proporciona a la Medicina un vasto arsenal curativo. Ocasionalmente se encuentra en las plazas de mercado de la ciudad algún herbolario perdido, de quien casi nadie hace caso, como si el problema de la salud —cada vez más complicado y costoso por razón de enfermeras y clínicas— ya se hubiera resuelto definitivamente.

Hay una medicina, la medicina vegetal, que en tiempos pasados fué muy importante y que siempre puede sernos útil. Es un medicina natural, sin riesgos y barata. Las farmacias de hace veinte o veinticinco años lucían en sus escaparates muestras de esa medicina vegetal en aquellos elegantes frascos de porcelana o de cristal con los rótulos: Genciana - Manzanilla - Eucalipto - Regaliz - Ajenjo - Digital.

Para cada enfermedad del hombre existen una o varias plantas curativas que crecen en la orilla de los caminos o en la vastedad de las praderas. Lo sabe el humilde animal doméstico que cuando se siente enfermo busca en el campo la hierba que puede curarle. Cuentan algunos exploradores que los animales feroces de la selva andina, cuando están enfermos, corren a la orilla de los ríos donde las raíces de los quinos (de donde se extrae la quinina) comunican a las aguas su virtud curativa,

En las plantas está toda la ciencia curativa de la humanidad. Ellas son tónicas, digestivas, estimulantes, sedantes, hipnóticas, laxantes, depurativas, febrífugas, diuréticas, emolientes, astringentes. A la botánica, a la medicina vegetal, la sustituyó la química, que fabrica el remedio que existe naturalmente en la planta. Pero se ha ido más lejos. Hoy el farmacéutico apenas prepara la medicina que ha recetado el médico. La receta viene ya en un patentizado. El boticario lo único que hace —salvo excepciones— es adherirle al frasco una etiqueta con el nombre de la farmacia, el del médico y el número de la receta. Esto quiere decir que la medicina se industrializa cada vez más.

Hoy, cuando nos enfermamos queremos curarnos inmediatamente. Violentamos así la Naturaleza cuyo proceso de curación es más lento, más inofensivo, más cuidadoso y seguro. Vienen a nuestra memoria los remedios de nuestra madre cuando nos enfermábamos: la salvia, la malva, el llantén, la semilla de lino, la tuna, la verdolaga, el sauco. ¡Dulces recuerdos de la niñez y la adolescencia! Casi toda la medicina era vegetal, casera, y, ¡cuán eficaz y saludable! La zarzaparrilla nos recuerda a nuestro buen padre que la usaba como depurativo.

¿Quién diría que la grama, la humildísima grama, en forma de tizana, es diurética, emoliente y refrescante? ¿Quién no sabe que los berros son, desde la más lejana antigüedad, remedio muy recomendado para la tisis? El limón, que crece desdeñado en nuestros patios, ¿no es un desinfectante de primera categoría; no es excelente para las enfermedades del hígado y el reumatismo? La cebolla, que creemos que sólo sirve para la cocina, ¿no posee acaso una acción diurética muy efectiva?

Con las flores de naranjo se fabrica el agua de azahar que calma los nervios excitados. Del rosal, ornamento de los jardines se extrae el colirio que sana los ojos irritados e inflamados. Pero no es el rosal la única planta coliria; lo son también la manzanilla, la ruda, el sauco, la malva, el perejil y otras.

No olvidemos a esas nobilísimas amigas de los hombres que son las plantas. Hasta sus nombres son bellos: malvavisco, hinojo, romero, menta, espliego (la lavándula de las lociones y jabones perfumados), la hierbabuena, la verbena. Cuando los repetimos con amor nos parece que una oleada de salud, de vida, que viene de los campos, inunda nuestro cuerpo y nuestra alma.

Luis VILLARONGA

Apartado 1455
San Juan, Puerto Rico.

Noticia de libros

(*Viene de la pág. siguiente*).

Atención de la autora que mucho agradecemos:

Emma Godoy: *Caín, el Hombre*. Misterio trágico.

Bajo el signo de "abside". México. 1950.

Muy bien inspirado. Se lee con mucho interés.

*

Escribe Dn. Pedro Joaquín Chamorro, conocido periodista nicaragüense, de mucha militancia, en este su libro cuyo envío le agradecemos:

Don Sofonías Salvatierra y su "Comentario Polémico".

Ampliación de *Máximo Jérez y sus contemporáneos*.

Editorial *La Prensa*. 1950.

"Libre está mi corazón de ese sarro mezquino que se llama odio".

Hay polémica, y es muy antigua. Interesa este libro.

*

Atención del autor que le agradecemos:

Pedro A. Gómez Naranjo: *Faro de Cinco Luces*. Perfiles de Centro América. 1950. Bucaramanga. Colombia.

El Dr. Gómez Naranjo nos ha visto de cerca; estuvo dos años en Centro América, como Ministro de Colombia en Guatemala (1946), El Salvador y Honduras y como Cónsul General en la primera de estas repúblicas. A Guatemala la ha visto con más dimensiones. Interesan los puntos de vista en que el autor se coloca. Es libro que agrada y aprovecha. Escrito con simpatía.

Con el autor:
Dr. Pedro A. Gómez Naranjo.
Avenida 13, Nº 69-31. Bogotá, Colombia.

De nuestro amigo y colaborador Manuel González Flores:

..*Una pareja de tantas*. Editorial "Yolotepec". México, D. F. 1950.

Advertencia del autor: *"La realidad y el ensueño a menudo coinciden. Por eso es conveniente advertir que en este libro toda apariencia de realidad es sólo un sueño"*.

Relato muy atractivo de un viaje por los Estados Unidos. "Un militante en ciertas ideas políticas de izquierda". Sí, eso soy.

"México mío y de todo aquel que sepa llevar en el corazón un adarme de entusiasmo y un grado de buena fe!".

Copiemos:

Ser bracero no es sencillo. Hay que resistir el rigor de los climas y el de los hombres. Quien quiera mitigar la pena de un desengaño, el dolor del exilio, el sufrimiento de las guerras, de las persecuciones, de la mala fortuna, en los Estados Unidos encontrará, por ahora, pan, vestido y comodidad. Todo a cambio de sudor, porque así lo dice la Biblia. Y nunca falta una Biblia en cada cabecera.

REPERTORIO AMERICANO

CUADERNOS DE CULTURA IBEROAMERICANA

Teléfono 3754
Correos: Letra X
J. García Monge
En Costa Rica:
EDITOR
Susc. anual: ₡ 18.00

..."y concebí una federación de ideas," — E. Mía de Hostos.
El suelo nativo es la única propiedad plena del hombre, tesoro común que a todos iguala y enriquece, por lo que para dicha de la persona y calma pública no se ha de ceder ni fiar a otro, ni hipotecar jamás. — José Martí.
"Bárbaros, las ideas no se matan", repitió Sarmiento
Desgraciado el pueblo cuando el hombre armado delibera.—Bolívar

EXTERIOR:
Suscrición anual:
$ 5 dólares
Giro bancario cobrable en los EE. UU.

Noticia de libros

Indice y registro de los impresos que nos remiten los Autores, las Casas editoras y los Centros de Cultura.

Envío de la Dirección de Cultura del Ministerio de Educación Nacional, Caracas, Venezuela:

Primer cuaderno de canciones populares venezolanas. Compilación de V. E. Sojo.

Diez canciones infantiles. Por V. E. Sojo.

Otras ediciones del Ministerio de Educación Nacional de Venezuela:

Pensamientos del Libertador. Caracas. 1940.

Excursiones y alpinismo. Historia de su evolución, por el Dr. Alfredo Jahn Caracas. 1940.

Canciones Popular del niño venezolano. (1º y 2º Grados). Caracas. 1940.

*

Envío de Ti-Tsun Li, Ministro de la República China en Cuba: *La situación del Extremo Oriente*. Resumen de cifras y hechos. New York, N. Y. 1940.

(El preámbulo es del Dr. Ti-Tsun Li).

* *

En las últimas ediciones de la Editorial LOSADA, Bs. Aires:

El tomo XV de *Los Hombres de Buena Voluntad*, de Jules Romains: *Preludio de Verdún*.

Describe los comienzos de la guerra 1914-1918.

En la serie Los grandes novelistas de nuestra época.

Esther de Cáceres: *Concierto de amor* y otros poemas.

En la serie Poetas de España y América.

El prólogo, sabroso, es de Gabriela Mistral.

J. B. Briestley: *Teatro*. Traducción directa de Aurora Bernárdez.

Con estas piezas: *Ha llegado un inspector*. Y tres piezas sobre el tiempo: *Esquina peligrosa, El Tiempo y los Conway, Yo estuve aquí una vez*.

*

Estos 4 libros, en estimación cordial:

Enrique Espinoza: *El espíritu criollo*. Babel. Santiago de Chile. 1951.

Se trata de Sarmiento, Hernández y Lugones.

Guía al lector con información sobria, destreza y admiración por los escritores argentinos antecitados.

Y así también se manifiesta en este otro libro:

Tres clásicos ingleses de la Pampa. Babel. Santiago de Chile, 1951.

Se trata de F. B. Head, William Henry Hudson y R. B. Cunningghame Graham.

Enrique Espinoza en sus características dimensiones. El mismo de siempre. Selección y franqueza.

Ernesto Montenegro: *De descubierta*. Cruz del Sur. Santiago de Chile, 1951.

El autor, de mayores dimensiones en la crítica chilena.

El contenido de este librito: 5 estudios literarios en que se revisa a ciertos escritores chilenos: Pezoa, Véliz, Baldomero Lillo, Augusto D'Almar y Vicuña Mackena.

Volveremos con el muy apreciado autor en una de las entregas siguientes.

Andrés Iduarte: *Martí escritor*. La Habana, 1951.

En las Publicaciones del Ministerio de Educación. Dirección de Cultura.

Es una segunda edición. Libro muy apreciado.

Martí como hombre admirable, como gran escritor en verso y prosa, como pensador y profeta de nuestra América, estudiado, explicado por Iduarte, mexicano y martiano de renombre.

Iduarte es de los que ya promueven con éxito la celebración hispanoamericana del próximo cincuentenario de la Muerte de Martí, en 1953. Con él andamos.

"Mientras mejor conocemos a Martí, más lo admiramos y más lo queremos".

——— o ———

La Manzana, poema cinematográfico de León Felipe. Tezontle. México. 1951.

Ilustraciones de Elvira Gascón.

Como de costumbre, León Felipe nos llega original y desconcertante y nos deja pensándolo y admirándolo.

Una sorpresa este librito. El cine como máquina de contar cuentos. Volver a contar el cuento aquel de Adán y Eva y la manzana. León Felipe lo vuelve a contar al modo viejo, mediterráneo y dionisíaco.

Descifre usted las fábulas clásicas y explíquelas al pueblo mediante la pantalla. Donde el pueblo se reuna ha de acudir el poeta.

Hagamos el cine dionisíaco. León Felipe se adelanta y da el ejemplo. Es muy interesante la cosa.

——— o ———

Ya circula la 3ra. edición —aumentada— de los

CUENTOS VIEJOS

de *María de Noguera*.

Con maderas de Francisco Amighetti.

Imprenta Lehman y Cía. Ltda. San José, Costa Rica, 1952.

Edición agradable, muy bien presentada.

Precio del ejpr., 230 pp.: ₡ 3.25.

Lo consigue en la Librería Lehmann.

Digamos su nombre: Alfredo Ortiz Vargas.

Señalemos su libro de cantares y sonetos: *Crepúsculos lluviosos*. Bogotá. 1948.

De este libro y de su autor, en la grata memoria de los para siempre ausentes y presentes, vamos a ocuparnos en una entrega próxima.

*

En un precioso cuadernito y como envío del autor:

César Andrade y Cordero: *Ritmo presente de la Navidad*.

Casa de la Cultura Ecuatoriana. Núcleo del Azuay.

*

Un estudio que honra y recomienda a su autora:

El ensayo literario contemporáneo. Por Lidia N. G. de Amarilla.

Es el Nº 2 de la Serie de Monografías y Tesis del Instituto de Investigaciones Literarias de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Universidad Nacional de La Plata, Rep. Argentina.

*

Señalemos su nombre: Justo G. Dessein Merlo.

Con estos Poemas de los Andes del Sol: *Alkamari*.

Oeste. Buenos Aires. M.C.M.L.I.

Asuntos propios. (El *alkamari* simbólico). Versos sencillos. Se lee con gusto y en elegante edición.

Señas del autor: Santa Fe 1592. Bs. Aires. Rep. Argentina.

Los nombres nuevos, en autores y libros, y la curiosidad por conocerlos renovándose sin cesar, y tan agradecidos por la consideración de los envíos.

Aprobemos y señalemos:

En las Ediciones "Amigos de la Cultura", San Salvador, El Salvador, C. A., en un folleto muy bien presentado:

A. Guerro-Trigueros.

Homenaje.

Con la colaboración de escritores y poetas centroamericanos de primera fila. Honroso y muy merecido Homenaje. Valía mucho A. Guerra-Trigueros, a quien tratamos cuando estuvo en Costa Rica.

En 1948 el Ministerio de Cultura, San Salvador, C. A., dispuso la edición en un cuaderno de esta conferencia medular de A. Guerra-Triguerros:

El Libro, el Hombre y la Cultura

Búsquela. La ha distribuido "Amigos de la Cultura". IIª Avenida Sur Nº 25.

San Salvador. El Salvador.

Centro América.

(*Sigue a la vuelta*)